

MINISTERIO



adventista

enero-febrero de 1984

UN MINISTERIO MAS EXALTADO



SB.333



“Como pueblo debemos preparar el camino del Señor, bajo la suprema conducción del Espíritu Santo. Debemos dar el Evangello en toda su pureza. . . En todos los campos habrá llamamientos para hombres que aran o se ocupan en las empresas comerciales más comunes, quienes serán educados en relación con hombres de experiencia. Al aprender a trabajar con efectividad, proclamarán la verdad con poder. . . Los hombres sabrán qué es la verdad. La obra avanzará hacia adelante, siempre adelante, hasta que toda la tierra haya sido amonestada. Y entonces vendrá el fin”.

—The Publishing Ministry, pág. 387.

Año 32 Enero-Febrero de 1984 N° 186

MINISTERIO

adventista

CONTENIDO

- 3 El alto costo de la evangelización
- 5 El cuidado del recién nacido
- 8 Al comenzar un nuevo día
- 10 La campaña nacional de evangelización en Colombia
- 12 Un ministerio más exaltado
- 16 La verdad del santuario, un pilar fundamental
- 22 La iglesia e Israel en Romanos 9-11
- 26 Lo que Cristo dijo sobre la justificación

DIRECTOR:
Rolando A. Itin

CONSEJEROS
Carlos E. Aeschlimann
Daniel Belvedere
Severino B. Oliveira

REDACTOR
Daniel Scarone

MINISTERIO adventista Revista publicada bimestralmente por la Asociación Ministerial de las divisiones Interamericana y Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa en la República Argentina mediante el sistema offset en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL
N° 192217

CORREO ARGENTINO Florida (B.) y Central (B.)	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 199
	TARIFA REDUCIDA Concesión N° 6.706

El alto costo de la evangelización

David D. Dennis

Un auditor, quien a menudo buscaba excusas para no participar en la evangelización pública, cuenta cómo el cambio de esa situación lo recompensó en su propia relación con Dios.

¿COMO se mide el valor de un alma?

La economía de nuestra sociedad a menudo nos hace reordenar nuestras prioridades y tratar de fijar la financiación de acuerdo con ellas. Esto se aplica a los administradores de uniones o de asociaciones; a los pastores de las congregaciones, quienes esperan poder terminar el año con un presupuesto de iglesia equilibrado; o a los tesoreros de las divisiones o de la Asociación General, quienes intentan distribuir los recursos en el mundo entero de modo que sean tan efectivos como sea posible. Con todas las demandas de tiempo y dinero que compiten entre sí, ¿cómo podemos calcular cuánto debiéramos gastar para alcanzar a los perdidos? ¿Qué valor debiéramos asignar a la persona que no conoce a Jesucristo? Nos resulta por demás difícil hacerlo solos. Pero el cielo ha provisto una respuesta: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito" (Juan 3: 16). El cielo no retuvo nada; no pudo dar más. Ni fue el Salvador quien pagó solo el precio final. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Cor. 5: 19). Dios sufrió con su Hijo. En la agonía del Getsemaní, la muerte del Calvario, el corazón de amor infinito

pagó el precio de nuestra redención. Sólo al recordar el divino ejemplo podemos comenzar a comprender el valor inmenso e inmensurable de un alma.

Con qué facilidad aceptamos este razonamiento. Pero cuando nos encontramos con la dura realidad de un presupuesto no equilibrado y las presiones de atender tantas necesidades no satisfechas de la predicación, a menudo dudamos en aumentar nuestros gastos para la evangelización directa. Queremos entregar nuestros fondos a los programas permanentes. Hay tantas necesidades. Nuestra escasez se multiplica al pensar no sólo en la cantidad de proyectos que ya hemos comenzado, sino también en los grandes campos misioneros donde los recursos son todavía tan pocos.

Como la inflación carcome nuestras reservas, a menudo se piensa en restringir nuestras inversiones en la evangelización pública y por los medios de comunicación masivos. Como contador y administrador financiero, muchas veces he sentido estas presiones de recortar, de restringir. Si hemos de ser responsables en el uso del dinero no podemos dejar de reconocer la importancia de mirar dos y tres veces nues-

tros presupuestos para asegurarnos de que los fondos dedicados a la obra del Señor no se gasten inútilmente en lo que no aprovecha. Sin embargo, en estos días finales de la azarosa y pecaminosa historia de la tierra, estoy convencido de que necesitamos *aumentar* cuidadosamente nuestros esfuerzos y gastos de evangelización directa.

Estoy convencido, como administrador, de que la evangelización realmente no cuesta; produce ganancias. Debo confesar que mis sentimientos en relación con su valor han cambiado a través de los años. Creo que no podemos apreciar realmente su valor hasta estar directamente comprometidos en la evangelización.

Desde mis días de estudiante de administración me habían entusiasmado los desafíos de las campañas de evangelización. Pero, como ocurre con tantas ambiciones valiosas, permite que los años pasaran. El impulso de participar directamente en la evangelización se fue enfriando con la endeble, aunque muy repetida, excusa de que los dirigentes que trabajan en las oficinas no tenían las aptitudes para el rigor de la evangelización. Mi vida como administrador, tesorero y auditor estaban tan llenas de responsabilidades indeclinables que mis acariciados sueños de realizar conferencias públicas se desvanecieron. En lugar de las visitas personales, asistí a una infinidad de comisiones y reuniones de junta; hice presupuestos más bien que bautismos; las reuniones de dirigentes de iglesias reemplazaron a los estudios bíblicos; me encontré promoviendo la fidelidad en el apoyo financiero en lugar de llamar a la entrega a Cristo; produje balaces en lugar de sermones de evangelización.

No estoy diciendo que las funciones rutinarias de la administración no sean importantes. De ninguna manera sostengo esto. Sin embargo, me parece tan fácil que reemplacemos el propósito inicial de la iglesia por los necesarios servicios de apoyo.

Finalmente, hace más de una década, resolví avanzar a las primeras líneas. Comencé por visitar cada año los campos de cosecha de la evangelización. Mis primeras experiencias ocurrieron en los territorios misioneros que nos rodeaban, durante nuestro servicio en el oriente. Hoy visito los campos necesitados en América del Norte.

Basándome completamente en las promesas de apoyo y conducción de Dios, simplemente puse a un lado, temporariamente, el trabajo que hasta entonces me parecía tan urgente y me lancé a una campaña de conferencias pú-

cas de tres a cuatro semanas. ¡Cuán agradecido estoy a muchos pastores locales, cuyas rutinas diarias los mantienen en contacto directo con las almas que necesitan la gracia salvadora de Jesús! Han sido de inestimable inspiración y ánimo para mí mientras trataba de trabajar junto a ellos.

Al finalizar cada campaña había nuevas almas ganadas para el reino, las que inundaban nuestros corazones con amor. Orábamos por ellas mientras juntos trabajábamos para alcanzar a otros en nuestro círculo de familiares y amigos. Luego, de regreso en la oficina, calculaba el costo. ¡Para mi sorpresa, siempre había ganancias! ¿Cómo era posible? El círculo crece, y cada nuevo converso de Cristo comienza a dar su tiempo, sus talentos, sus bienes. Hace algún tiempo recibí una revista que traía noticias del Lejano Oriente. Un artículo en particular contaba de la obra que hacen los estudiantes misioneros del Colegio Mountain View en el sur de las Filipinas. ¿Pueden imaginarse cómo me sentí al leer que Francisco Cruz, que había sido bautizado algunos años antes en una serie de conferencias que dicté en la isla de Leyte, era ahora parte de este grupo de jóvenes que acababa de preparar cincuenta personas para el bautismo en ese alejado lugar de la selva de Mindanao?

Esta es la ganancia de que hablo. Es un círculo que se expande. La evangelización conviene financieramente. El diezmo aumenta, las ofrendas para la evangelización se multiplican. Pero la ganancia de la evangelización es mucho mayor todavía. Nuevos familiares y amigos entran en nuestro círculo de amor, de interés y de oración. Ellos, a su vez, como Francisco Cruz, alcanzan a otros en un círculo cada vez más abarcante. No hay mayor dividendo que éste, tanto para la persona que participa en la evangelización como para la iglesia.

¿Cuánto vale un alma? Un alma vale el precio que pagó Jesús: todo. Y esto es lo que nos cuesta la evangelización: todo. Pero la evangelización no sólo cuesta. También recompensa. Y ésta es proporcional al costo. Al escudriñar mi alma, estoy convencido de que no he dado de mí ni de mis recursos como debería haberlo hecho – como lo exige lo tardío de la hora. Sé que la evangelización paga ricos dividendos, y quiero dar como alguien que realmente cree que Jesús viene pronto. ■

David D. Dennis es director del Servicio de Auditoría de la Asociación General.

El cuidado del recién nacido

Marcos Finley

Un cristiano recién nacido afronta comúnmente cuatro crisis en los dos primeros años después de su bautismo. Necesitamos no sólo saber cuáles son, sino también cómo remediar esas situaciones.

DESPUES del nacimiento de nuestro hijo, mi esposa y yo tuvimos la importante responsabilidad de cuidarlo. Nos levantábamos normalmente dos o tres veces por noche para atenderlo. Cambiar los pañales ocupaba una porción significativa de nuestro tiempo. Todas nuestras energías estaban concentradas en él, pues nuestro hijo prácticamente no podía hacer nada por sí mismo. Pero no sentíamos que fuera un fracaso debido a que necesitaba tanta atención. ¡Esperábamos precisamente eso! Ahora tiene cuatro años. Todavía necesita cuidado constante. Todavía no ha madurado. De la misma manera, los miembros nuevos, aún después del bautismo, necesitan cuidado, atención y amor. A veces tropiezan y caen. Necesitan una cálida mano amiga. Sólo la bondad, el cuidado y la preocupación por ellos proveerán el ambiente que les permitirá seguir creciendo.

El bautismo no es una panacea para resolver todos los problemas espirituales. Los nuevos creyentes afrontan a menudo algunos de los desafíos más serios inmediatamente después del bautismo. ¿Cómo debe relacionarse con sus familiares no adventistas? ¿Cómo encuentra y cultiva nuevos amigos? ¿Cómo puede vivir una vida consecuente en armonía con las altas normas bíblicas?

La iglesia debe hacer frente al hecho de que muchos se desaniman poco después del bautismo. Si la iglesia manifiesta escasa tolerancia con sus errores y una falta de comprensión de

sus pruebas, el puñal de la crítica destruirá las bendiciones de su nueva fe y las apostasias serán numerosas. El bautismo es un símbolo del nuevo nacimiento, no un indicador de completa madurez espiritual. Los miembros nuevos son bebés espirituales; no se puede esperar que sobrevivan si se los abandona. Es responsabilidad de la iglesia, entonces, dar los pasos necesarios para ayudar a cada miembro nuevo a desarrollar una profunda y permanente relación con Cristo.

Hace un tiempo la revista *Reader's Digest* informó de un estudio que se había realizado en dos orfanatorios. El artículo llevaba por título: "El enorme poder del amor humano". En uno de los orfanatorios los niños no desarrollaron las habilidades motoras. No gatearon ni caminaron en la época normal en que debían hacerlo. Su vocabulario era limitado y su aprendizaje era tardío. Los investigadores descubrieron que los auxiliares que los atendían odiaban su trabajo. Trataban duramente a los niños y hacían sólo lo que se les exigía. A menudo los niños quedaban solos y lloraban por horas.

Los investigadores encontraron que en el otro orfanatorio había un cuerpo de auxiliares dedicado a sus tareas. Se interesaban profundamente por los niños. Aquí éstos desarrollaron las destrezas motoras en forma adecuada. Caminaron y gatearon en el momento apropiado. Pero por encima de todo, desarrollaron una disposición amable y alegre. El amor *hace* una

El compañerismo amante y una relación personal cálida son un factor muy significativo en la prevención de la apostasía, y

gran diferencia. Con toda seguridad, en una iglesia amante hay una atmósfera que estimula el crecimiento.

Es sumamente importante cuidar con cariño a los nuevos conversos después de su bautismo. Es esencial que se los visite a menudo. Elena G. de White dice: "Hay que tratar con paciencia y ternura a los recién llegados a la fe, y los miembros más antiguos de la iglesia tienen el deber de encontrar la forma de proporcionar ayuda, simpatía e instrucción. . . [Los] recién convertidos necesitan cuidados, atención vigilante, ayuda y estímulo. No se los debe dejar solos, a merced de las más poderosas tentaciones de Satanás; necesitan ser educados con respecto a sus deberes; hay que tratarlos bondadosamente, conducirlos, visitarlos y orar con ellos" (*El evangelismo*, pág. 258).

Una evaluación cuidadosa de los nuevos conversos me ha convencido de que hay cuatro grandes crisis en la vida de un creyente nuevo. Estas crisis aparecen generalmente durante los primeros dos años. Así como las primeras etapas de la vida de un niño son críticas, lo son también los dos primeros años de la vida de un converso. Estos primeros años establecen un modelo de crecimiento y desarrollo espirituales para toda la vida.

La crisis del desánimo. Esta crisis aparece cuando una persona deja de vivir a la altura de las altas normas que adoptó inmediatamente antes de su bautismo. El bautismo es un compromiso público; los votos bautismales son una declaración formal de un estilo de vida cristiano. Pero después del bautismo la persona pronto descubre que su vida conserva tendencias de su antigua manera de vivir. Puede perder la paciencia. Tal vez quebrante el sábado, o tenga problemas con sus viejos hábitos de lenguaje o pensamiento. Cuando estas cosas le sobrevienen, puede haber un período de gran desánimo y un sentimiento de derrota. Se siente como un hipócrita. Su reacción natural es huir del contacto con la iglesia así como Adán y Eva huyeron de la amante presencia de Dios consumidos por su sentimiento de culpa.

Algunos síntomas de la crisis producida por el desánimo son: ausentismo de la iglesia, cambios significativos en su esquema de asistencia a reuniones sociales o de oración, una pérdida visible de su alegría cristiana, una evi-

dente falta de deseo de permanecer en el atrio de la iglesia, un apretón de manos apresurado, un rostro de desánimo, o una disposición sombría.

Damos algunas sugerencias de posibles soluciones para la crisis del desánimo. A menudo se puede ayudar a la persona desanimada si se la detecta con prontitud. Una llamada telefónica, una palabra de confianza, una oración, una carta, una visita pastoral: pueden ser rayos de esperanza en la oscuridad. Esta persona necesita ánimo más que cualquier otra cosa. No necesita ni una pizca de condenación. Percibir su desánimo, escuchar sus problemas y ofrecer ánimo sincero y genuino es exactamente lo que a menudo necesita tal persona.

La crisis de integración. Ocurre principalmente en los primeros seis meses. Aparece cuando la persona no logra reemplazar sus viejos amigos por nuevos, o cuando la persona acepta las doctrinas de la iglesia pero no se integra a su estructura social. Ya se siente solo, aislado de viejos amigos y tal vez de su familia debido a su decisión. Como los seres humanos están compuestos de partes física, mental, espiritual y social, la persona necesita llegar a ser parte de la red social de la iglesia. Necesita reemplazar los viejos valores sociales con otros nuevos. Si no lo hace, ocurre la crisis de integración.

Algunos indicios serían los siguientes. Llega tarde a los cultos o se retira al terminar el himno final. La persona se sienta sola; tiende a ser solitaria. Rara vez asiste a reuniones sociales, o, si lo hace, se sienta sola. Para ella, la religión es simplemente estar presente los sábados de mañana debido a que cree las doctrinas. Generalmente *no* asiste a la escuela sabática. Se asocia muy poco con los miembros de la iglesia y no tiene entre ellos amigos cercanos. Puede continuar así por semanas y meses, pero tarde o temprano la abandonará, a menos que establezca una red de amigos dentro de la iglesia.

Haga esfuerzos específicos para ayudarlo a formar nuevas amistades dentro de la iglesia. Esa persona necesita compañerismo; sálgase de su camino para invitarla a las reuniones sociales de la iglesia. Una llamada telefónica es más efectiva que una carta o un anuncio público. Esta persona necesita atención personal e inmediata. Un amable compañerismo y una re-

una invitación para comer el sábado puede ser una de las mejores formas de medicina preventiva.

lación personal profunda y cálida son factores significativos en la prevención de su apostasía, y una invitación para el almuerzo de camaradería del sábado puede ser una de las mejores formas de medicina preventiva.

Durante los primeros seis meses, más personas abandonan la iglesia debido al desánimo, o a la falta de integración, que por cualquier otra razón. Pero aquí se podría frenar fácilmente la marea de apostasías.

La crisis del estilo de vida. Generalmente esta crisis aparece un año o un año y medio después del bautismo. La persona sencillamente no integra su propio estilo de vida con el sistema de valores bíblicos y de la iglesia adventista. No ha incluido en su programa los cultos de familia; pide la bendición sobre los alimentos en forma irregular; su observancia del sábado es descuidada; continúa asistiendo a los lugares de recreación anteriores; no tiene una vida devocional personal; pasa poco tiempo en oración y estudio de la Biblia; no conoce realmente a Jesús. En resumen, aunque está presente en la iglesia los sábados de mañana, la atracción de la vida antigua es todavía muy fuerte. Su experiencia personal con Cristo es superficial. La semilla del evangelio echó raíces pero hay poca profundidad de tierra.

Estos son los signos que hay que vigilar: ausencias frecuentes a la escuela sabática y la reunión de oración; superficialidad en la vida cristiana, y poco esfuerzo misionero en favor de otros. No lee las publicaciones denominacionales ni asiste a las reuniones especiales como son los congresos regionales. Habla de la iglesia en términos generales, pero no tiene una profunda experiencia espiritual.

La mayor necesidad que tienen las personas que pasan por esta crisis es un período devocional significativo. Trate de involucrarlos en pequeños grupos de estudio de la Biblia en los que haya oración, estudio y testificación. Estos grupos son maravillosos estimulantes de la espiritualidad personal. Es más fácil crecer espiritualmente en un grupo de seis a ocho personas.

La crisis de liderazgo. Esta crisis suele aparecer después que la persona ha demostrado fidelidad a Cristo y su iglesia. Supongamos

que la iglesia es relativamente pequeña. A medida que este miembro comienza a encontrar su lugar en la estructura de liderazgo de la iglesia, comienza a conocer el funcionamiento de la maquinaria de la iglesia. Tal vez se lo incluya en la comisión de nombramientos. Comienza a reconocer que no todos los miembros de la iglesia son "santos". Las decisiones de las comisiones y juntas que tratan los problemas prácticos de la iglesia lo dejan perplejo. El halo que rodeaba todas las cosas relacionadas con la iglesia comienza a perder su brillo. Hasta es posible que el choque de pertenecer a una iglesia compuesta por seres humanos reales, llenos de errores, lo precipite a una crisis espiritual.

Los síntomas suelen incluir: crítica, chismes, no mantener en secreto informaciones confidenciales recogidas en las comisiones, o una sensación general de desánimo. Una persona que esté en esta crisis tal vez rechace los cargos que se le ofrecen. Puede haber agudas críticas por un lado y una profunda ansiedad por el otro.

Generalmente, son suficientes para ayudarle un par de sesiones de aconsejamiento, enfocadas en las tensiones necesarias entre la debilidad e inadecuación de todo liderazgo humano y el origen divino de la iglesia. La crisis de liderazgo generalmente ocurre debido a que la persona no tiene madurez espiritual para reconocer la "humanidad" de los miembros individuales. A cada nuevo dirigente elegido para un cargo, explique la fragilidad de todos los seres humanos y la urgente necesidad de cooperación. En las áreas en que la verdad no está en juego, la unidad es más importante que las opiniones individuales.

En cada una de estas cuatro crisis se necesita un ingrediente importante para evitar la apostasía: amor que se interesa. Dé evidencias de un amor que continuamente dice: "Estoy interesado en ti; estoy preocupado; me interesas". El amor manifestado en una llamada telefónica, una notita, una sonrisa, un cálido apretón de manos, una invitación a almorzar, serán más efectivos que un sermón para ayudar a estos niños espirituales a evitar estas crisis tan comunes. ■

Marcos Finley es director del Instituto de Ganancia de Almas de la Unión del Lago, Chicago, Illinois.

Al comenzar un nuevo día

Irma B. de Vyhmeister



¡QUE OPORTUNIDADES encierra un nuevo amanecer! El sueño nocturno ha revitalizado nuestro sistema nervioso. Nos sentimos descansados, listos para comenzar otro día.

Pero, ¿qué hace Juan? Se levanta a última hora, se arregla rápidamente, salta al automóvil y se va a la oficina dejando tras sí un sendero desastroso de desorden y malhumor. "Estoy atrasado", dice.

Miguel en cambio organiza bien su tiempo. Se levanta temprano todos los días y estudia por dos horas antes de ir al colegio donde enseña. "No tengo apetito en la mañana", dice.

María es una enfermera cariñosa y dedicada a su trabajo. Se va muy temprano al hospital sin desayunar. Está preocupada porque tiene unos kilos de más y quiere bajar de peso. "Por eso no tomo desayuno", dice.

En estos tres ejemplos hay algo en común. Ninguno de ellos desayuna. A veces beben un vaso de jugo o una bebida caliente a la carrera. Este modelo se repite en muchos hogares y es el precio que se paga por vivir tan apresuradamente. Pero, ¿es saludable, lógica y satisfactoria esta costumbre?

Para comprender mejor la importancia del desayuno en la vida diaria, veamos qué estudios se han hecho al respecto. La palabra misma, des-ayuno, indica que con esa comida quebramos el ayuno.

En una encuesta hecha en una planta textil en Carolina del Norte, Estados Unidos, se observó que tres de cada cuatro accidentes ocurrían entre los empleados que no habían desayunado. Hoy en muchas empresas se sirven alimentos al comenzar el trabajo para evitar más tarde accidentes costosos.

Durante nueve años el doctor Lester Breslow de la Universidad de California en Los Angeles observó un gran número de personas para determinar los "buenos hábitos de salud" que ayudan a tener menos morbilidad y morta-

lidad en una población. De entre siete de estos "buenos hábitos de salud" destacó el desayuno diario. Al estudiar la mortalidad de las personas en esos nueve años, y al correlacionarla con diferentes "buenos hábitos de salud", encontró que la mortalidad era mayor entre los que nunca o rara vez desayunaban.

Sin embargo los estudios hechos en la Universidad del Estado de Iowa, que se extendieron por un período de 10 años, son los que más han aumentado nuestro conocimiento sobre el valor del desayuno. Participaron niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos que ingirieron diversos desayunos y se sometieron a pruebas para medir diferentes reacciones.

A. ¿Cuáles fueron los resultados?

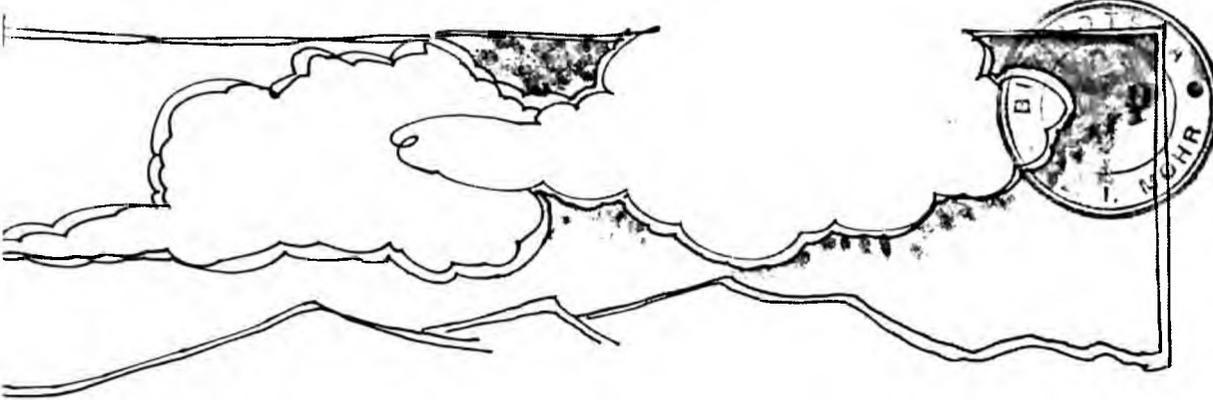
1. Con excepción de los escolares, todos los grupos incluidos en la investigación al ingerir un desayuno básico de cereal, leche, pan tostado y fruta, sufrían de menos temblor neuromuscular en las manos y los brazos al final de la mañana que los que omitían el desayuno o sólo tomaban café negro.

2. Los que se servían un desayuno básico reaccionaban más rápidamente y resolvían problemas en menos tiempo. Esto era especialmente notable en los ancianos. Los que comían un desayuno pesado (huevos, carne, panes dulces, pan, fruta y otros alimentos) y los que tomaban sólo café reaccionaban con más lentitud que los que comían un desayuno básico o liviano (leche, pan, fruta).

3. Los escolares, desayunaran o no, tenían el mismo poder para asir o apretar un objeto. En cambio los ancianos hacían mejor su trabajo al servirse un desayuno básico.

B. ¿Hay diferencia en el rendimiento académico?

Los alumnos cuyo desayuno era parte del régimen diario tenían mejor actitud ante los de-



beres escolares y un rendimiento académico superior. Aunque en estudios recientes no se obtuvieron los mismos resultados, subjetivamente el niño trabaja y estudia mejor cuando sus necesidades fisiológicas están atendidas.

C. ¿Qué cantidad de proteína es necesaria?

La sangre de una persona en ayunas contiene de 70 a 90 miligramos de azúcar (glucosa) por cada 100 cm³ de sangre. Este nivel se mantiene con la alimentación y con procesos glicolíticos y neoglucolíticos donde las células desdoblán el glicógeno o forman glucosa a partir de diversas sustancias.

Al comer, el nivel de glucosa sube a 120 ó 140 miligramos por ciento en una hora. La secreción de insulina facilita la entrada de glucosa a las células y así baja el nivel de glucosa en la sangre. Para sentirse bien, la glucosa en la sangre debe mantenerse dentro de los límites biológicos.

En los estudios de Iowa, un desayuno básico con más de 15 gramos de proteína mantenía la glucosa después de dos horas al nivel en ayunas. En cambio, con 10 gramos de proteína, o un desayuno con mucho azúcar, o si se omitía el desayuno, había un período hipoglicémico a mitad de la mañana. Se concluyó que la cantidad de proteína para el desayuno no debe ser menor que 15 gramos. La cantidad de proteína se puede calcular usando los siguientes valores:

	Proteína
1 rebanada de pan	- 2 gramos
1 huevo	- 6 gramos
1 taza de leche	- 8 gramos
1 cucharada de manteca de maní	- 4 gramos
1/2 taza de cereal	- 2 gramos
30 gramos de requeso	- 6 gramos

30 gramos de queso	- 7 gramos
1/2 taza de porotos	- 7 gramos

D. ¿Qué clase de proteína?

Cuando la cantidad de proteína era mayor que 15 gramos, la glucosa de la sangre no bajaba a niveles hipoglicémicos, sea que la proteína fuera de origen animal (huevos, carne, leche, queso) o de origen vegetal (mantequilla de maní, leche de soya, cereales o legumbres).

E. ¿Qué contiene un buen desayuno?

1. Contiene suficientes calorías. Un hombre que trabaja moderadamente necesita 3.000 calorías por día; una mujer, 2.000 calorías. El desayuno debe proveer un tercio o un cuarto de esas calorías.

2. Una cantidad adecuada de proteína (15-25 gramos).

3. Los alimentos deben reflejar las costumbres culturales y ser satisfactorios para los que los ingieren.

4. El desayuno debe ser variado. Un desayuno tradicional incluye cereal, papas o pan, frutas o su jugo, una bebida a base de leche y a veces un alimento rico en proteína como requeso, nueces, maní, huevos, o queso.

Una nueva idea ha llegado a ser muy popular. Es la cena invertida. Los alimentos de la cena incluyendo el segundo plato fuerte, las verduras, ensaladas, arroz, papas, se consumen en el desayuno. ¿Extraño? Sí, pero los que lo han probado encuentran este estilo excelente y se sienten mucho mejor.

“A la hora del desayuno el estómago se encuentra en mejor condición para recibir una mayor cantidad de alimentos que la segunda o tercera comida del día. Es erróneo el hábito de comer livianamente para el desayuno y más abundantemente para el almuerzo. Hágase del

desayuno la comida más sustanciosa" (*Consejos sobre el régimen alimenticio*, pág. 205).

5. El desayuno debe ser diario. Si se omite el desayuno hay la tendencia a comer entre horas o comer demasiado en las comidas restantes. Aparecen entonces varios problemas, y uno de ellos es que se sube de peso más fácilmente cuando la cena es muy abundante. Por lo tanto, para desayunar debe comenzarse con una cena liviana y temprana. Habrá mejor apetito a la mañana siguiente. Un desayuno básico, un buen almuerzo y muy poca cena, es una rutina que definitivamente favorece la salud y el vigor físico y mental.

Volvamos por un momento a los ejemplos del principio.

Juan, siempre de prisa y siempre atrasado debe hacer una evaluación de su estilo de vida y establecer prioridades. Posiblemente se acuesta muy tarde y no duerme lo suficiente. Se necesitan siete u ocho horas por noche para descansar bien. Suprimir el desayuno no le ayuda. Su atención no se enfoca. No puede usar la excusa de que no tiene tiempo. Todos tenemos las mismas 24 horas, y de nosotros depende el organizarlas.

Miguel, aunque muy organizado no se preocupa por el desayuno, posiblemente cena tarde y abundantemente. No hace mucho ejercicio. Si al levantarse dedicara un tiempo para caminar o hacer ejercicio, y cenara temprano y livianamente, estaría en camino de resolver su problema.

Para María el problema se hace cada vez más complejo. Omite el desayuno porque está descansada y tiene fuerza de voluntad suficiente. Pero luego come en exceso en las otras comidas o come bocadillos entre comidas. Los estudios de Iowa mostraron que la omisión del desayuno no ayuda a bajar de peso. María debe adoptar la cena invertida como desayuno, almorzar bien y omitir la cena o comer muy livianamente. Además debe abandonar las comidas entre horas. Un régimen tal, con ejercicio diario, ayudarán a María a dominar el problema.

Para comenzar el día busquemos a Dios. Su amor y protección nos siguen. Por el descanso nuestra mente está lista para el día. Pero así como un automóvil necesita gasolina, la mente necesita glucosa. Un desayuno adecuado proveerá la energía y los nutrientes que cada célula necesita para hacer su trabajo con efectividad. ■

Irma B. de Vyhmeister es directora asociada del Departamento de Salud y Temperancia de la Asociación General.

Es maravilloso lo que se puede lograr cuando hay unidad de propósito y sobre todo cuando se movilliza la gran fuerza de la iglesia: los laicos capacitados y orientados por sus pastores.

DURANTE la primera parte del año 1982 se realizó en Colombia un evento único llamado **CAMPAÑA NACIONAL DE EVANGELIZACION**, que consistió en una campaña unida que abarcó todo el país. Estuvieron involucrados cuatro campos locales, la Unión Colombo-Venezolana y el Instituto Colombo-Venezolano.

Para la campaña se utilizaron el mismo temario, la misma propaganda y la misma organización en 600 lugares simultáneamente.

Todos predicaron

En la Campaña Nacional todos predicaron. El presidente de la Unión, pastor Luis Flórez, dirigió uno de los ciclos de mayor éxito. Asimismo predicaron todos los departamentales de la Unión y todos los administradores y departamentales de los campos locales, más 187 ministros y 422 predicadores laicos como evangelistas e instructores bíblicos, quienes prepararon la mayor parte de los candidatos, entrenados y supervisados por sus pastores.

Organización eficiente

La campaña fue dirigida por una comisión nacional presidida por el presidente de la Unión Colombo-Venezolana, pastor Luis Flórez. El secretario ministerial y evangelista de la Unión, pastor Norberto Carmona, actuó como coordinador general de la campaña y encargado del material. Cada campo local tenía una comisión de evangelización nacional para dicho campo. Lo mismo ocurría en cada distrito y en cada iglesia.

Se trazaron planes minuciosos que

La campaña nacional de evangelización en Colombia

Carlos E. Aeschlimann

contemplaban cada detalle de la campaña, presentados en un folleto de 52 páginas. Cada pastor y cada iglesia tuvo una copia de esos planes.

Como consejero general de la campaña actuó el secretario ministerial de la División Interamericana, pastor Carlos E. Aeschlimann.

Cuidadosa preparación previa de la campaña

La preparación previa a la campaña comenzó un año antes de la primera conferencia. Hubo reuniones especiales en las que se explicó detalladamente el plan a todos los obreros. Luego se celebraron reuniones con los laicos predicadores con el mismo propósito.

Durante cinco meses se preparó el terreno mediante los siguientes métodos:

1. Escuelas sabáticas filiales.
2. 300 clases bautismales.
3. 25.000 cursos "Fundamentos de una Vida Mejor" casa por casa.
4. Reuniones dirigidas por laicos en barrios y centenares de hogares.

Todo este trabajo previo permitió que al comenzar la campaña hubiera miles de interesados, muchos de los cuales ya asistían a los cultos de sábado.

Gran victoria

El resultado final de la campaña de seis meses fue de 4.560 bautismos más 3.500 interesados que serán bautizados a lo largo del año. Se organizaron 100 nuevas congregaciones y grupos a través del país. Se usaron 25.000 Biblias y 20.000 cursos "Veinte

Pasos a la Salvación".

En Bogotá culminó la campaña con una concentración de 7.000 hermanos y un bautismo de más de 300 almas. También hubo una concentración de varios miles de hermanos en la ciudad de Bucaramanga. En todo Colombia hubo bautismos el mismo sábado y la semana que le siguió.

Tal vez el resultado más positivo fue la unión de obreros y laicos hombro a hombro en la predicación y preparación de candidatos. De esa manera se reactivó en la feligresía el amor por las almas, y los hermanos descubrieron que son capaces de dirigir campañas y ganar almas para Cristo.

La campaña resultó en una bendición tan grande que la Unión Colombo-Venezolana ha decidido lanzar desde el 15 de enero de 1983 una campaña unida que abarcará todo el territorio de la Unión, es decir Colombia, Venezuela, y las Antillas Holandesas. Serán siete campos locales unidos en una campaña simultánea en la cual esperan ganar por lo menos 7.000 almas para Cristo.

La Unión Colombo-Venezolana ha resuelto trabajar arduamente durante los Mil Días de Cosecha de tal manera que esperan bautizar 25.000 almas.

Es maravilloso lo que se puede lograr cuando hay unidad de propósito y sobre todo cuando se moviliza la gran fuerza de la iglesia: los laicos capacitados y orientados por sus pastores. ■

Carlos E. Aeschlimann es secretario ministerial y evangelista de la División Interamericana.

Un ministerio más exaltado

Elena G. de White



VIVIMOS en un periodo importante de la historia del mundo, y necesitamos ahora una conexión constante con Dios. Los atalayas sobre los muros de Sion necesitan ser vigilantes y fieles. Los que pretenden dar las palabras del Señor al pueblo debieran alcanzar la más alta norma de elevación espiritual: de ese modo no estarán dándole sus propias palabras. Cristo nos dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Los aprendices en la escuela de Cristo velarán y orarán. Tendrán fe de que Dios los llenará con su Espíritu Santo, de que no hablarán sus propias palabras a la gente, sino las que el Señor les dé. Los hombres que trabajan para ganar almas para Cristo ten-

drán un intenso interés en el éxito de su trabajo.

No queremos perder de vista lo sagrado de la misión de ministrar en palabra y doctrina al pueblo. La obra del ministerio es hablar palabras de verdad, la solemne y sagrada verdad. Algunos tienen el hábito de relatar incidentes jocosos en sus discursos, que tienden a divertir a los oyentes y a perder de vista lo sagrado de la palabra que están manejando. Los tales deberían percibir que no están dando al pueblo la palabra del Señor. Demasiadas ilustraciones no tienen una influencia correcta; disminuyen la sagrada dignidad que siempre debiera observarse en la presentación de la palabra de Dios a la gente.

Tanto la obra como la forma de hacerla es de la mayor importancia; por lo tanto requieren el mayor cultivo de la mente y pureza del alma para realizarla bien. Por el uso el ministro debiera aumentar los talentos que Dios le confió.

El mensajero enviado por Dios tiene la tarea específica de presentar la verdad en toda su sencillez y pureza. Si ha de aprender en la escuela de Cristo, no devaluará sus discursos con ideas irrelevantes o con el relato de anécdotas risueñas. Debiera considerar que se encuentra entre el eterno Dios y las almas que perecen. Es el deber del ministro del Evangelio cultivar un sentido de su elevado y sagrado llamamiento, y dar evidencias de que aprecia los privilegios y las oportunidades puestas a su alcance por el ejemplo de la mansedumbre y el amor de Cristo, y debiera considerar sus sufrimientos y muerte, que pusieron estos privilegios a su alcance. En sus esfuerzos, nunca debiera ser lánguido y blando, sino que debiera elevarse continuamente y tratar de capacitarse mejor por medio de la gracia que Cristo provee. No debiera satisfacerse con ser un ministro vulgar, sino un instrumento pulido en las manos de Cristo. Constantemente debería buscar por sus palabras, su conducta, su piedad, de elevar a sus conciudadanos y glorificar a Dios.

Tanto la obra como la forma de hacerla es de la mayor importancia; por lo tanto requieren el mayor cultivo de la mente y pureza del alma para realizarla bien. Cada ministro debiera aprovechar al máximo las oportunidades inapreciables puestas a su alcance, y debiera tener una elevada y santa confianza en Dios. Por el uso debiera aumentar los talentos que Dios le confió, y con ello su poder para hacer el bien aumentará; debiera hacer de la ganancia de almas para Cristo su obra especial. Hay algunos que hacen tan grandes esfuerzos para mostrar su oratoria que se exhiben a sí mismos, y demuestran su propia habilidad, pero no elevan a Jesucristo ante la gente. Algunos buscan esforzadamente ser agudos en sus presentaciones, pero no dan evidencias del amor y la gracia de Cristo en el corazón. No dejan en la gente la impresión de que tienen un mensaje solemne de Dios para el hombre, y de que tienen un conocimiento de Cristo.

Es importante que el ministro tenga el espíritu de Jesús. Su enseñanza debiera mostrar que se alimenta de Cristo, de que vive de cada palabra que procede de la boca de Dios; y por su familiaridad con la palabra de Dios, se esfor-

zará a tiempo y fuera de tiempo por sacar del tesoro de Dios cosas nuevas y cosas viejas. Revelará que lo domina el sentido del valor de las almas, y que el yo se pierde de vista mientras presenta las sagradas verdades de Dios a la gente. No dará la impresión de que está tratando de demostrar sus capacidades intelectuales, sino de presentar a Cristo, y a El crucificado. Todo aquel que está buscando abrir las Escrituras a los demás debiera tener un permanente sentido de responsabilidad ante Dios y debiera percibir que está delante de una congregación de almas a quienes ha de encontrar otra vez frente al tribunal de Cristo, y que su mensaje será un sabor de vida para vida o de muerte para muerte. Presente delante de sus oyentes, en lenguaje sencillo, las demandas que hace la ley de Dios a los hombres, mientras su propio corazón es enternecido y subyugado por su Espíritu. Este es nuestro mensaje. Dios ha dado la norma de vida para el hombre en su santa ley, con la que debe guiar y controlar sus palabras y actos. Esta ley no admite neutralidad. Tiene relación con la vida de cada ser humano, y no dejará de tenerla hasta que cada caso haya sido decidido para vida eterna o para perdición.

Si los ministros de la palabra recordaran que deben enfrentar a cada oyente individual en el tribunal celestial, y dar cuenta a Dios de la manera en que realizaron su misión, el motivo y el espíritu que impulsaron sus actos, habría un ministerio más exaltado. Este es un peso de responsabilidad que los mensajeros de la verdad no pueden evadir; y el ministro que siente el exaltado carácter de su obra, bien podrá preguntarse con Pablo: "Para estas cosas, ¿quién es suficiente?" Ustedes son un espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Los ángeles simpatizan con los obreros en sus responsabilidades y, ¿no querrá usted, el obrero, cultivar una visión correcta de su elevada vocación y sagrada responsabilidad? Bien podría desesperar si no fuera por la evidencia y seguridad de que su suficiencia viene de Dios. El cargo que Pablo dio a Timoteo es el mismo que se da a cada uno a quien Dios ha enviado a trabajar en el gran campo de cosecha. "Te encarezco delante de Dios y del Señor

Ministrar abarca mucho más que predicar. Para cumplir con esta sagrada e importante tarea cargada de intereses eternos, el ministro debe ser un hombre de piedad viva, o Dios no aceptará sus labores.

Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista [esto significa mucho más que sermonear], cumple tu ministerio”.

Ministrar abarca mucho más que predicar. Para cumplir con esta sagrada e importante tarea cargada de intereses eternos, el ministro debe ser un hombre de piedad viva, o Dios no aceptará sus labores. No debe tener una opinión exaltada de sí mismo o de su propia capacidad, sino que perderá el sentido de su propia importancia en vista de la incomparable misericordia y amor de Jesucristo. Podrá así caminar junto a Dios. Su vida de piedad y verdadera santidad que lleva consigo donde vaya y que está entrelazada en todos sus actos lo hará un obrero eficiente y de éxito. Es un colaborador de Jesucristo, y es fiel en el trabajo que le fue asignado, así como Cristo lo fue en su obra. No se exaltará a sí mismo ni en palabras ni actos, sino que en su conversación privada hablará de Cristo; orará de Cristo y predicará de Cristo. Esta es la clase de ministerio que demuestra que el obrero ha sido llamado y escogido por Dios para su sagrada tarea. Presenta a Cristo en cada discurso no con una mera repetición de palabras, sino con profundo fervor; y la divina influencia que acompaña la palabra dará prueba cabal de su ministerio. El sólo sermonear no logrará esto. El espíritu del trabajo fuera del púlpito es el que testifica del verdadero carácter del obrero. Debe hacerse la obra especial para esta hora a fin de alcanzar a la gente con el esfuerzo personal; es revelar a Cristo en el profundo interés en las almas por las que Cristo murió. La piedad habitual que acompaña al obrero cristiano hará su impresión y el ministro no sentirá que es suficiente por sí mismo. A menudo se lo encontrará en oración, vaciando su alma, como lo hiciera el Maestro antes que él, con gran clamor y lágrimas. Sus súplicas

constantes y fervientes lo acercarán a Dios. Vivirá como a la luz de su rostro. En su conducta y conversación cuando está con otros se relacionará con los más elevados intereses de sus almas. Tomará a las personas a solas, hablará y orará con ellas; y es esta labor la que será coronada por gran éxito.

¡Cuánta necesidad tiene esta causa de obreros con un ferviente y profundo amor por las almas con las que trabajan! Dios requiere más de sus siervos de lo que ellos le dan. Algunos forman el hábito de presentar argumentos que dan sólo un conocimiento superficial de la verdad. Tienen una rutina de algunos discursos doctrinales y no apuntan más alto. No buscan familiarizarse con las Escrituras, ni estudian las profecías para poder manejarlas en todo tiempo y lugar. No tienen al Cristo viviente y permanente en su corazón y por ello no les gusta meditar en las enseñanzas prácticas de Cristo. En lugar de dar pruebas completas de su ministerio, muestran que tienen sólo un conocimiento limitado de la verdad. Son ignorantes tanto de las Escrituras como del poder de Dios. No toman tiempo para meditar y orar. No están familiarizados con la acción del Espíritu de Dios. Ni oran ni velan en oración. Mantienen a Cristo separado de sus vidas. Sus discursos son apagados, sin poder, sin Cristo, tan privados de elementos vitales como la ofrenda de Caín, en los que no se manifiesta el Redentor del mundo, la eficacia de la sangre de Cristo.

En muchos púlpitos de hoy no se predica a Cristo. Se predica de todo menos de Cristo, debido a que los predicadores no conocen a Cristo. Algunos estudian diferentes autores y piensan que esto les ayudará mucho en sus discursos. Se ilusionan de que tienen un discurso muy intelectual, y tal vez sea así; pero no alimentan el rebaño con el pan de vida; el pesebre fue puesto muy por encima de su alcance. Lo que el mundo y las iglesias necesitan hoy es la predicación de la sangre de Cristo y la virtud de su expiación, y que se les enseñe qué constituye pecado y a entretener el espíritu de Cristo en todas sus labores. Lo que el mundo necesita hoy es saber qué debe hacer para ser salvo. Hay muchos discursos intelectuales y agradables que el orador cuenta como grandes éxitos, pero que no son registrados de esa manera por

Se necesitan oraciones más fervientes procedentes del corazón del obrero pidiendo la bendición divina, antes de aventurarse a hablar a la gente. Necesitamos una piedad vital para enseñar a otros.

Aquel que pesa tales discursos en la balanza del Santuario y los halla faltos. Falta el único elemento que podría convertirlos en éxito: Jesús, la luz del mundo.

Se necesitan oraciones más fervientes procedentes del corazón del obrero pidiendo la bendición divina, antes de aventurarse a hablar a la gente. Cuando el corazón está en paz con Dios, cuando la luz del cielo ilumina el alma, entonces los labios ciertamente hablarán las palabras de Cristo, presentando los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado. La atmósfera del cielo rodeará al orador, y las almas realmente sentirán que están en lugares celestiales en Jesucristo. No hay tema que la gente necesite más que enseñarles, por precepto y por ejemplo, la verdadera piedad, la fe y el amor en Cristo Jesús. Las grandes masas son más ignorantes de lo que muchos suponen. Necesitan recibir instrucción mandato sobre mandato, línea sobre línea, con respecto a lo que deben hacer para ser salvos. Los graduados de cursos superiores y las personas en posiciones elevadas en la vida, oradores elocuentes, hábiles estadistas, hombres en cargos altos y de confianza han entregado los poderes de su ser y de su intelecto a otros asuntos, pero han descuidado las cosas de la máxima importancia para ellos. Ignoran las Escrituras y el poder de Dios. Cuando ven personas tales en su congregación, los oradores se esfuerzan para predicar discursos intelectuales y escogen un tema que tenga tan poco de la sencillez de la verdadera religión bíblica y del servicio cordial a Dios como es posible. No predicán a Cristo. No definen el pecado como transgresión de la ley. Rara vez muestran claramente el plan de salvación. Rara vez dicen qué debe hacer una persona para ser salva. Lo que hubiera tocado el corazón de la persona educada y en cargos de responsabilidad hubiera sido mostrarle a Cristo sobre la cruz del Calvario, poniendo la redención a su alcance. Se les debe enseñar como a niños acerca de cómo hacer de Jesús su amigo y de cómo introducirlo en su vida diaria.

Los ministros necesitan tener una manera más clara y sencilla de presentar la verdad tal como es en Jesús. Sus propias mentes necesitan comprender más plenamente el gran plan

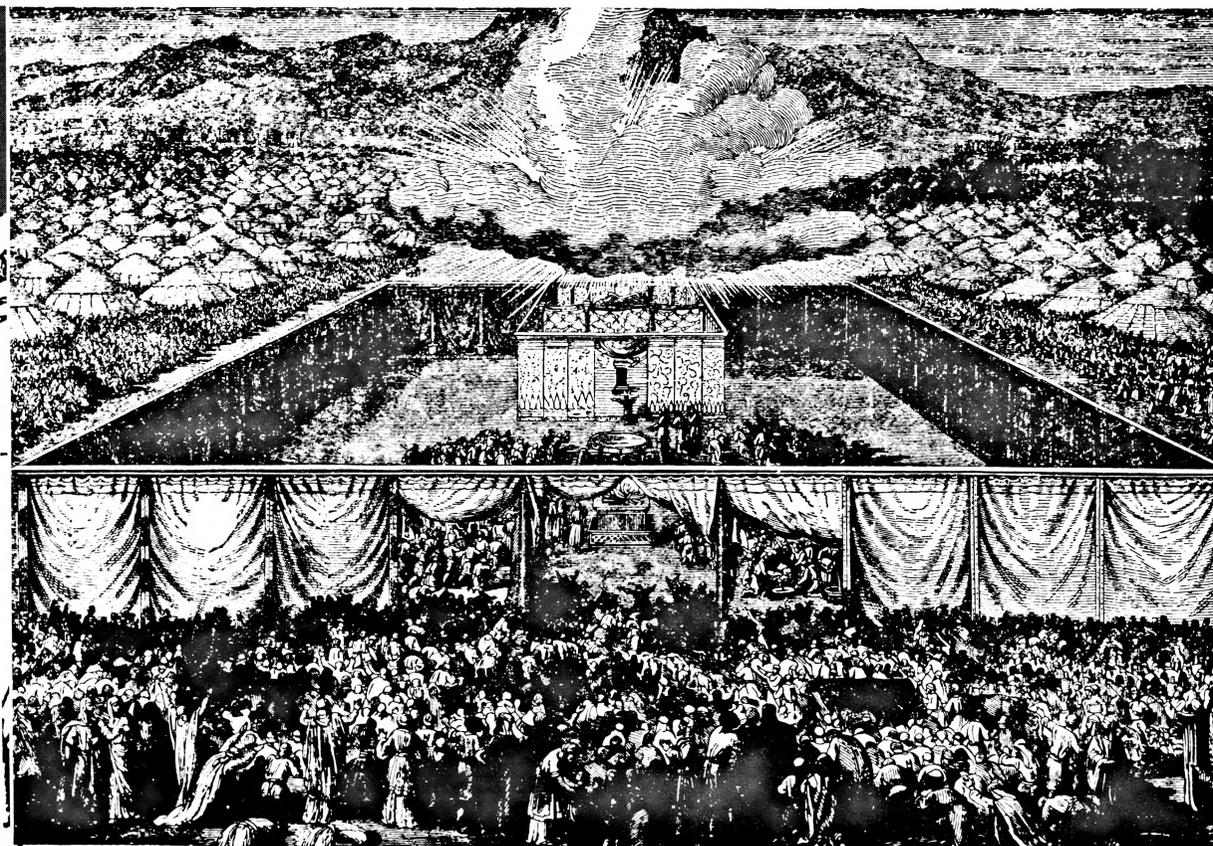
de salvación. Entonces podrán conducir la mente de sus oyentes de las cosas terrenales a las espirituales y eternas. Hay muchos que desean saber qué deben hacer para ser salvos. Desean una explicación clara y sencilla de los pasos necesarios para la conversión, y no debiera predicarse ningún sermón sin que una parte del discurso se dedique a mostrar a los pecadores el camino a Cristo y la salvación. Debieran señalarles a Cristo, como lo hizo Juan, y con una sencillez conmovedora, con corazones encendidos por el amor de Cristo, decir: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Se debieran hacer llamamientos fervorosos a los pecadores para que se arrepientan y se conviertan. Los que descuidan esta parte de la obra necesitan convertirse antes de aventurarse a dar un discurso. Aquellos cuyos corazones están llenos con el amor de Jesús, con las preciosas verdades de su palabra, podrán extraer de los tesoros de Dios cosas nuevas y cosas viejas. No encontrarán tiempo para relatar anécdotas risibles; no se esforzarán para ser elocuentes, volando tan alto que no puedan llevar consigo a la gente; sino que con un lenguaje sencillo, con ferviente seriedad, presentarán la verdad tal como es en Jesús.

Necesitamos una piedad vital para enseñar a otros. Los que viven la religión de Cristo, llevarán un testimonio viviente por Jesús. De los tales Cristo dice: "Son mis testigos". Tenemos una verdad sagrada y santificante que presentar al mundo incrédulo y opositor. Tenemos fieles testimonios de advertencias para dar al mundo, y podemos alcanzar a la gente sólo por medio de Dios. Debemos introducir la influencia santificadora de la verdad en nuestras vidas diarias, y Dios nos capacitará para la obra de despertar las durmientes y mortecinas conciencias de los pecadores. No hemos de estar satisfechos hasta que los oyentes sean penetrados por la convicción poderosa del Espíritu de Dios acerca de su culpa y pecaminosidad, y bajo un sentido de su peligro, exclamen: "¿Qué haremos para ser salvos?" ■

Elena G. de White escribió este artículo en Basilea, Suiza, y apareció originalmente en *Review and Herald* el 22 de febrero de 1887 con el título: "Nuestra sagrada vocación".

La verdad del santuario, un pilar fundamental

LeRoy E. Froom



LA VERDAD estructural, distintiva y característica, que por sí sola identifica y separa a la Iglesia Adventista del Séptimo Día de todos los demás grupos religiosos cristianos del pasado y del presente, es la que siempre hemos llamado la "verdad del santuario". Esto fue así desde el mismo principio, pues la verdad del santuario fue la primera doctrina que descubrimos y enseñamos después del Gran Chasco. Y nunca perdió su posición básica.

Todas las otras grandes doctrinas que sostenemos y enseñamos — el sábado, la inmortalidad condicional, la segunda venida, el espíritu de profecía, la interpretación profética, el premi-

lenialismo, la justificación por la fe, la inmersión, el diezmo, y muchas otras— fueron sostenidas por un grupo o más de uno, en su totalidad o en parte, en el pasado o en el presente.

Pero ni la iglesia primitiva (mientras las enseñanzas apostólicas se mantuvieron intactas), ni la iglesia de la Reforma (cuando muchas de las enseñanzas apostólicas fueron redescubiertas y restauradas), enseñaron la verdad del santuario celestial, con su Sacerdote que oficiaba en dos fases separadas su servicio de mediación, en cuya segunda fase se incluyen las grandes actividades de juicio actualmente en sesión.

Este silencio del pasado se debe a la sencilla razón de que la verdad del santuario no debía discernirse ni ser destacada hasta que la predicha hora del juicio de Dios llegara a su turno en la realización del plan divino. Se esperaba el juicio en los tiempos apostólicos y posapostólicos como una actividad futura que debía destacarse en los últimos tiempos, los que Lutero, el gran reformador, ubicaba a unos 300 años después de su tiempo (véase *El conflicto de los siglos*, pág. 348). Reconocemos y predicamos que debe proclamarse hoy como algo que está ocurriendo realmente, como parte imprescindible de la proclamación del Evangelio eterno en su contexto de los postreros días. Lo consideramos, correctamente, como una verdad presente imperativa y apremiante.

En consecuencia, nos corresponde no sólo creer y enseñar realmente la verdad del santuario hoy, sino darle su lugar central en nuestro énfasis distintivo y peculiar para esta época. Por lo tanto necesitamos comprender y luego proclamarla como parte de nuestro mensaje a los hombres. Y esto por la sencilla razón de que abarca la esencia del adventismo.

En realidad, si verdaderamente no hay un santuario en el cielo, no hay un Sumo Sacerdote que ministra en él; y si no hay un mensaje de la hora del juicio para proclamar de parte de Dios a la humanidad en este tiempo, entonces no se justifica nuestro lugar en el mundo religioso, ni una misión y mensaje denominacional distintivo, ni una excusa para funcionar como una entidad eclesiástica separada en nuestros días.

Por ello cualquier debilitamiento, negación u ocultamiento de la verdad del santuario no sólo es un asunto serio sino crucial. Cualquier desviación o abandono de ella ataca el corazón mismo del adventismo, y desafía su misma integridad.

Fuimos llamados por Dios –y llegamos a la existencia como una respuesta histórica directa– para destacar esta abarcante verdad presente que en sí misma constituye “todo un sistema de verdades” (*El conflicto de los siglos*, pág. 476). Todas las demás verdades esenciales están incluidas en ella: la ley moral, el sábado, el sacrificio expiatorio, la mediación sumo-sacerdotal, el juicio, la justificación y la santificación, la justificación por la fe, la recompensa y el castigo finales, la segunda venida, la total destrucción de los impíos incorregibles.

En consecuencia, la verdad del santuario no es una doctrina extraña, peculiar, anormal, distorsionada e indefensible, o simplemente una

forma de explicar el chasco de 1844, como sostienen algunos opositores. No es un alejamiento de la fe histórica del cristianismo. Es, en cambio, la culminación lógica y la consumación inevitable de esa fe. Es sencillamente la aparición y el cumplimiento en los días finales del énfasis profético que caracteriza el Evangelio eterno que debía proclamar la iglesia remanente en la etapa final de su testimonio al mundo. Testifica a la tierra con respecto de los tremendos acontecimientos del cielo, intensamente fascinantes en su panorama y vitales en su acción.

Si verdaderamente no hay un santuario en el cielo, no hay un Sumo Sacerdote que ministra en él, y no se justifica nuestro lugar en el mundo religioso.

Debido a su naturaleza y significación cruciales no es extraño que se desafíe la verdad del santuario, y que sea atacada y ridiculizada, tanto desde adentro como desde afuera. Debemos esperar esto y estar preparados para afrontarlo. Debemos ser celosos de la integridad de la verdad del santuario, y estar alerta y no cejar en su defensa. No podemos quedarnos callados puesto que no es una enseñanza opcional de nuestra fe.

Satanás odia la verdad del santuario. Sabe que es la verdad más importante que tiene el cielo para hoy. Lo involucra directamente a él, su destino y suerte, su prisión futura y destrucción final. Está tratando de ganar tiempo. Quiere desesperadamente llevar a la destrucción a tantos como sea posible. Tratará por ello de iniciar y estimular todo intento de modificar, reconstruir, distorsionar o alterar el énfasis y cambiar el concepto de la verdad del santuario. Además, destruir su testimonio, anular su enseñanza y viciar su integridad.

Tendremos revisionistas, reconstructores, desviadores, y también subversivos declarados. Esto es una evidencia adicional del carácter crucial y la importancia de esta verdad. Maniobras como éstas nunca se concentran en asuntos sin importancia. Debemos estar preparados para mantener y defender la sólida posición del santuario contra todos estos manipuladores y perturbadores.

Insistimos en el asunto: habrá quienes ridiculicen su validez, cuestionen su base bíblica, y dejen a un lado las confirmaciones del espíritu de profecía. La verdad del santuario, más que cualquier otra enseñanza adventista básica ha estado –aparte de la oposición no adventista– sujeta a los ataques desde adentro durante toda nuestra existencia denominacional. Desde el mismo principio, periódicamente se han levantado personas que ridiculizaron o negaron primero un rasgo y luego otro.

Pero estos atacantes finalmente nos abandonaron, y generalmente lucharon en contra de nosotros. En última instancia, sin embargo, han desaparecido, sin excepción. Los restos de su triste naufragio se dispersaron con los años. Una vez comprometidos, se perdieron para la fe, y nunca hicieron ninguna contribución constructiva para la misión y la obra de la iglesia.

La verdad del santuario, ordenada por Dios mismo, está destinada a triunfar, y los que luchan en contra de ella están luchando contra Dios y su mensaje para los hombres. Dios siempre ha tenido defensores leales y capaces, y también los tiene hoy. Como ocurre con toda verdad, tiene que haber un perfeccionamiento, un fortalecimiento, una ampliación constantes, y una claridad creciente junto con el ensanchamiento del concepto. Pero ninguna mejora invalida alguna vez los fundamentos afirmados en lo pasado. Los defensores genuinos nunca subvierten. Dios nunca niega o abandona lo que una vez apoyó y confirmó.

Por lo tanto debemos mirar con desconfianza a los que desean minar o destruir lo que nuestros antepasados, con tanta fidelidad y solidez, lucharon por establecer bajo la manifiesta bendición de Dios y con la confirmación reiterada de su Espíritu.

Algunas veces los ataques se concentrarán sobre la *realidad* del santuario celestial, la realidad del gran original. Esto no es imaginario. Se nos ha advertido: "El enemigo introducirá falsas teorías, tales como la doctrina de que no hay santuario. Este es uno de los puntos en los que habrá un alejamiento de la fe" (*Review and Herald*, 25 de mayo de 1905).

Tal vez se concentren en la cronología, el momento o la relación integral de Daniel 8 y 9. O tal vez en aspectos semánticos: detalles técnicos de la expiación, el panorama y la intención de la purificación del santuario, la perfección de los santos, o los acontecimientos y procesos de la hora final de transición.

El enemigo no tiene mayor placer que distraernos de la presentación de la verdad posi-

tiva, y de tenernos muy ocupados gastando tiempo y esfuerzo en digresiones, disputas, o en afrontar desviaciones. No debemos darle tal satisfacción.

A la luz de los factores mencionados, examinemos en detalle este desafío básico que menciona Elena G. de White: ¿Hay realmente un santuario celestial? ¿O el término es meramente una figura de lenguaje trascendental usado para simbolizar algún propósito, actividad o provisión abstractos de la mente de Dios para la salvación de los hombres?

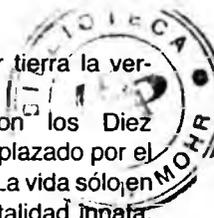
El testimonio de la Palabra es que el templo en el cielo es una realidad sobrenatural divinamente revelada –tan real como Dios mismo, o la Nueva Jerusalén, o el Cordero de Dios que, ahora como sacerdote celestial, ministra en él– y todas las actividades redentoras surgen de ella. Es el centro de comando desde el cual se originan y conducen todas estas sublimes actividades. Todo esto y mucho más llegará a ser cada vez más claro –y firme– a medida que avancemos.

Definamos nuestros términos. ¿Es el santuario celestial real y verdadero, o simplemente metafórico, una abstracción en vez de una realidad? Al considerar esto no debemos confundir lo verdadero y la realidad celestial con los elementos y materiales terrenales ordinarios de nuestro mundo físico manchado por el pecado

La verdad del santuario, ordenada por Dios mismo, está destinada a triunfar, y los que luchan en contra de ella están luchando contra Dios y su mensaje para los hombres.

(1 Cor. 15: 48, 49). Estos incluirían, por supuesto, los materiales del santuario mosaico tales como el oro, la plata, el bronce, la madera, el lino, las piedras y el aceite terrenales (Exo. 25: 3-7). No debemos confundir ambos, pues contrastan definitivamente.

En esencia, *real* se opone a figurado, retórico, metafórico, hipotético. Lo *verdadero* es fáctico, cierto, tangible, real. Todo esto se opone a lo irreal, mítico, imaginario, quimérico, visionario, etéreo. El santuario celestial es verdaderamente real, no una abstracción.



El Evangelio eterno –inmutable y no cambiado– alcanza su espectacular consumación en el mensaje de la hora final acerca de que “la hora del juicio ha llegado”. Esta proclamación mundial del mensaje del primer ángel, que surgió a comienzos del siglo diecinueve, se desarrolla y culmina con los mensajes segundo y tercero de Apocalipsis 14. En realidad son uno solo, que se expande triplemente con amplitud y énfasis acumulativos.

El juicio es la fase final de los procedimientos y provisiones del santuario, tanto en el símbolo como en la realidad. Está indisolublemente unido con las provisiones del santuario –o tabernáculo o templo– ya que los términos se usan en forma indistinta.

Debido a su carácter básico, profundicemos algo más en esta verdad fundamental, que es la base reconocida de la fe adventista –pues algunos, en su confusión han llegado hasta a negar la realidad del santuario celestial. Al tratar este tema lo enfocaremos primariamente desde el punto de vista de la evidencia presentada en los libros de Apocalipsis y Hebreos. Sin embargo, es la profecía previa de Daniel la que provee el marco bíblico, y las relaciones para todo lo que sigue. Observémosla en un rápido vistazo.

Daniel 7, 8, y 9 son tan familiares para nosotros que sólo hará falta aludir a lo que contiene

”, y atrevidamente “echó por tierra la verdad” del Príncipe (8: 11, 12).

Específicamente, se alteraron los Diez Mandamientos. El sábado fue desplazado por el domingo como día santo de Dios. La vida sólo en Cristo fue sustituida por la inmortalidad innata. El asperjamiento reemplazó a la inmersión. El único sacrificio de Cristo en el Calvario fue reemplazado por el sacrificio de la misa en diez mil altares terrenales. El sacerdocio singular de Cristo –quien es tanto Dios como hombre– fue eliminado a cambio de un sacerdocio puramente humano ante esos mismos altares terrenos. Y el pan y el vino de la Cena del Señor fueron suplantados por la hostia y la transubstanciación. Todas las doctrinas se vieron afectadas.

Luego, en el capítulo 8: 14, en el momento señalado “el santuario” es “purificado”. El antecedente lo une con las setenta semanas de años de 9: 24, llevándonos hasta el “Mesías príncipe” para “poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable” (vers. 24, 25). Este es el luminoso prólogo y marco que nos da el Antiguo Testamento. Es indispensable y fundamental.

Pasaron los siglos. En el momento señalado –dentro del “tiempo del fin”– el movimiento adventista surgió precisamente a tiempo, principalmente para levantar y restaurar la múltiple verdad celestial indispensable que había sido echada por tierra –la verdad del santuario de Dios y sus múltiples implicaciones–, y elevarla a su lugar central y correcto, con sus trascendentes operaciones finales que son parte integrante de ella.

En la profecía paralela de Juan, en el Nuevo Testamento, esta oposición a Dios y “su tabernáculo” se describe como tan grande que este mismo poder –aquí representado con el simbolismo de la primera “bestia” de Apocalipsis 13, que surge del mar de las naciones durante el mismo período profético de los 1.260 días-años– “abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo (*skenén*), y de los que moran en el cielo” (Apoc. 13: 6).

Hay entonces una enemistad incesante contra el templo-tabernáculo de Dios. Y este “tabernáculo” del Apocalipsis se define expresamente en el capítulo 15: 5 como “en el cielo el templo del tabernáculo* del testimonio”. Desde

* La palabra griega *skené* (tabernáculo) aparece tres veces en Apocalipsis (13: 6; 15: 5; 21: 3). Es la palabra idéntica que Pablo usa ocho veces tan significativamente en Hebreos 8 y 9 (8: 2, 5; 9: 2, 3, 6, 8, 11, 21).

El Evangelio eterno –inmutable y no cambiado– alcanza su espectacular consumación en el mensaje de la hora final acerca de que “la hora del juicio ha llegado”.

nen. Primero viene la escena del juicio en el capítulo 7: 9, 10 –el Anciano de días, con millares de millares de asistentes que le sirven. Luego “el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos” (7: 10). Esto ocurre *después* de los altaneros actos del cuerno pequeño papal, pero *antes* del establecimiento del reino eterno de Dios (v. 14). Esto nos provee la secuencia en el tiempo y sus relaciones.

Este es, por supuesto, el mismo cuerno pequeño que quitó el “continuo” y que “echó por tierra” el “santuario” del “príncipe de los ejér-

este templo-tabernáculo, lleno de la "gloria de Dios", salen las directivas para el derramamiento de las siete últimas plagas (v.8). Tal es su lugar central y su identificación. Miremos a continuación la descripción múltiple que da el apóstol Juan en el Apocalipsis del "templo" celestial, del "trono", y del "altar", como también del "arca de su pacto" (11: 19). Esto nos capacitará para tener un panorama de los detalles que impresionaron al vidente, y de sus interrelaciones que el apóstol debía registrar para nuestra información y comprensión. Juan es aquí nuestro guía que describe e interpreta las cosas, como si fuera nuestro "ojo" y "oído" (1: 1).

En primer lugar, el majestuoso templo (*naós*) que Juan ve una y otra vez en visión se menciona dieciséis veces. No sólo se lo llama "templo" (nueve veces), sino "templo de Dios" (11:1, 19), "el templo de mi Dios" (3: 12), y "su templo" (7: 15). Se indica su ubicación y se lo señala como el "templo que está en el cielo" (14: 17). Aun más explícitamente se lo define como "en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio" (15: 5), con su variante simplificada, el "templo del cielo" (16: 17).

El "altar" está inseparablemente conectado con él (11: 1), así como el candelero de siete brazos (1: 12). Es imposible equivocarse en cuanto a la intención de la descripción y localización que hace el apóstol, y la realidad –para él y para nosotros– del templo celestial, o tabernáculo con sus pertenencias sagradas que le fueron mostradas en visión.

Luego está la palabra "trono" que Juan usa un total de 46 veces, 38 de las cuales se refiere al trono de Dios. Por supuesto, es el rasgo central y predominante del templo, y se presenta constantemente delante de Juan en toda la serie de visiones. No es solamente "un trono" (4: 2; 20: 11) y "el trono" (28 veces), sino es específicamente el "trono de Dios" (cuatro veces: 7: 15; 14: 5 y 22: 1, 3). También es "su [del Padre] trono" (1: 4; 3: 21; 12: 5), y también "mi trono" [de Cristo] conjuntamente (3: 21; véase 7: 17). Además Juan definitivamente declara que este trono está "en el cielo" (4: 2).

Dios es quien está sentado en este trono (4: 2, 9; 5: 7; 6: 16; 19: 4; 21: 5). Este trono majestuoso está rodeado por un "arco iris" glorioso (4: 3), y por asistentes celestiales (4: 4, 6; 5: 11), los que incluyen una compañía innumerable de ángeles. "Lámparas de fuego" arden delante de él (4: 5), y como un mar de vidrio se extiende delante de él. Es el escenario y la fuente de importantes órdenes soberanas, co-

mo cuando Juan oyó dos veces una "voz" que salía del trono (16: 7; 19: 5). Así, el templo y el trono están inseparablemente asociados (16: 17), siempre en el cielo. Hay un claro sentido y declaración de realidad de parte de Juan.

El "altar" debía ser específicamente medido. Se lo menciona ocho veces, y en dos de ellas se dice que es el "altar de oro" (8: 3; 9: 13). Está ubicado "delante del trono" (8: 3), y "delante de Dios" (9: 13). Debe notarse que también está en el templo (11: 1) y había fuego sobre él (8: 5).

El ángel, que da la señal para que actúe el Hijo del Hombre que está sentado sobre la "gran nube blanca" y en actitud de espera para volver a la tierra, procede del altar (14: 18). Y una voz da la orden por segunda vez desde el altar en cuanto a la vendimia de las uvas de ira para el lagar de Dios. De modo que el altar y el trono están íntimamente asociados.

Tales son algunos de los detalles inspirados en cuanto al templo, su trono, su altar y su arca. Todos ellos están ubicados en el templo, en el cielo. El "Cordero" se menciona continuamente en conexión con el "trono", ya sea parado junto a él o sentado en él. La adoración continua y el servicio de Dios ocurren "en su templo" (7: 15).

Es decir, existe un trono en el cielo, situado en el templo de Dios en el cielo con sus pertenencias tales como el altar de oro y el arca, tan ciertamente como que Dios está en el cielo. Nuestra única esperanza de redención y triunfo se centran en el templo. Nada es más real y verdadero, salvo Dios mismo y el Cordero quienes idearon y realizaron el plan de salvación.

La conclusión es inevitable: verdaderamente tenemos un Cristo real, quien hizo un sacrificio real, por medio de una muerte real. Y después de una resurrección y ascensión reales llegó a ser nuestro verdadero Sumo Sacerdote, que ministra en un santuario real (tabernáculo o templo), en un cielo real, realizando una redención real. Vendrá para reunirnos con El en una segunda venida real. No hay nada más real en el Universo que esta secuencia inexorable –cada aspecto y fase de ella, incluso el santuario. ■

LeRoy E. Froom fue director de MINISTRY durante 22 años y fue secretario de la Asociación Ministerial de la Asociación General desde 1941 a 1950. Este artículo fue adaptado de las páginas 541 a 555 de su libro *Movement of Destiny* (Review and Herald, Washington, D.C., 1971). Usado con permiso. Su mensaje con respecto a la significación crucial del santuario fue importante en su tiempo y lo es más aún en nuestros días.

“Levántate, resplandece”

**Ha llegado el momento
en que se ha de producir el mayor
despliegue de la gloria de Dios desde el Pentecostés.**

Elbio Pereyra

EN ISAÍAS 60: 1-3 Dios invita a su pueblo a que se ponga de pie y resplandezca en ésta, la hora más sombría de la historia del mundo. La gloria de Dios se manifestará en su pueblo y el mundo será iluminado, lo que producirá una impresión que los fieles hasta ahora apenas han imaginado.

Levántate. La orden de ponerse de pie implica que la iglesia está inactiva, es estática, y se encuentra en una condición pasiva. El formalismo, la mera profesión de fe, la apariencia, la maquinaria, la conformidad, la pasividad, la somnolencia, la tibieza o la frialdad, no están a la altura de la elevada misión que Dios quiere que cumpla su pueblo en estos momentos.

En Efesios 5: 14 Pablo presenta dos aspectos de este resurgimiento: la iglesia y la luz que Dios da por medio de Cristo. En ese versículo Pablo establece un contraste entre la muerte y la resurrección.

Resplandece. Si Dios le ordena a la iglesia que resplandezca, debe ser porque su luz, o se ha extinguido, o está por extinguirse. No puede resplandecer por sí misma, porque no posee luz propia. Tampoco puede resplandecer solamente por la apariencia, el nombre, sus instituciones, su maquinaria o la obra social que realiza. Sólo puede resplandecer mediante la gloria de Dios y la de Cristo. Y, ¿qué es la gloria del Señor? Es el reflejo de sus atributos: la exhibición de su grandeza, su carácter, su justicia, su santidad, su verdad. Revestida de la gloria y la justicia de Cristo, la iglesia estará preparada para entrar en el conflicto final.

El mundo está cansado de la propaganda cristiana. Necesita urgentemente descubrir a Cristo y la revelación de su gloria en sus creyentes. Los cristianos nominales sólo reflejan

parcialmente esa luz, si es que lo hacen, en medio de la densa oscuridad.

¿Cuándo cumplirá el mandato de Dios la iglesia puesta de pie en medio de su esplendor? Ciertamente no lo está haciendo *ahora*. “Cuando la iglesia haya dejado de merecer el reproche de indolencia y pereza, el Espíritu de Dios se manifestará misericordiosamente. La potencia divina será revelada. . . La luz de la verdad se derramará en rayos claros y poderosos, como en los días apostólicos. . . La tierra será alumbrada con la gloria del Señor” (*Joyas de los testimonios*, t. 3, pág. 308). “Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos” (*Palabras de vida del gran Maestro*, pág. 47).

La iglesia podrá responder a los requerimientos divinos cuando la piedad genuina caracterice a sus miembros. Entonces los raudales de la lluvia tardía madurarán la cosecha, y las lenguas del Espíritu iluminarán de nuevo a los que constituyen el cuerpo místico de Cristo. Este será el triunfo más glorioso del Evangelio desde los días de los apóstoles. Pero este reavivamiento y esta reforma no se lograrán meramente mediante la organización y la maquinaria. Sólo la divina Providencia puede producirlos.

Quiera Dios ayudarnos para que el necesario reavivamiento y la reforma indispensable no sean mero vocerío, sino una experiencia personal de los pastores, administradores, colportores, maestros y otros obreros en la viña del Señor, como asimismo en la vida de cada uno de sus hijos dispersos por todo el mundo. Entonces la iglesia se pondrá de pie y resplandecerá con la gloria del Señor para iluminar la tierra. ■

Elbio Pereyra trabaja en las oficinas del Patrimonio White, y reside en Washington, D.C., Estados Unidos.

La iglesia e Israel en Romanos 9-11

Hans K. LaRondelle

LA DOCTRINA de la iglesia es de importancia decisiva para el dispensacionalismo.

De acuerdo con C. C. Ryrie, la iglesia es "diferente de Israel y no es un nuevo Israel espiritual".¹ Dios tiene dos diferentes propósitos y programas para con Israel y la iglesia "dentro de su plan general". Ryrie dice además: "La iglesia no está cumpliendo de ninguna forma las promesas hechas a Israel. . . La época de la iglesia no aparece en el programa de Dios para con Israel, sino que es una intercalación".² El Nuevo Testamento no "las recoge [a las promesas de Dios para Israel] dentro de la iglesia".³ "Y todo esto, —dice Ryrie—, se basa en un estudio inductivo del uso de dos palabras [Israel y la iglesia], no en un esquema sobrepuesto a la Biblia".⁴ Su conclusión es: "El uso de las palabras *Israel* e *iglesia* demuestra claramente que en el Nuevo Testamento el Israel nacional continúa con sus propias promesas y que la iglesia nunca se iguala con un así llamado 'nuevo Israel', sino que se diferencia cuidadosa y continuamente como una obra distinta de Dios en esta época".⁵

¿Pueden estas afirmaciones fundamentarse en el Nuevo Testamento utilizando el método exegético histórico-gramatical, como alega el dispensacionalismo? ¿Cuáles son las reglas de tal exégesis?

El papel del contexto

Un principio básico de exégesis que a veces es ignorado en la elaboración doctrinal es el papel determinante del contexto, que permite que cada texto o término reciba su significado particular de su contexto inmediato. El intérprete siempre afronta el peligro de superponer el significado de un término en un contexto histórico con el del mismo término en otro contexto histórico diferente de la Sagrada Es-

critura. Es claro que cuando dos textos, que aparentemente se contradicen en su significado literal, cada uno debe entenderse dentro de su propio contexto histórico y literario (véase, por ejemplo, Rom. 3: 28 y Sant. 2: 24). El significado del texto en Romanos debe ser determinado por el contexto en Romanos, y el uso que hace del mismo término en su carta a los Gálatas debe entenderse en el contexto de Gálatas. Estos contextos históricos difieren en forma considerable y no deben ser ignorados o negados para construir la uniformidad doctrinal. No hacerlo sería realizar una exégesis forzada y dogmática que no estaría abierta a los matices de los contextos bíblicos.

"Israel" en el contexto de Romanos

Parece claro que en Romanos 9-11 Pablo está haciendo una clara referencia a sus parientes, el pueblo judío, y que distingue entre Israel (sea el Israel étnico, fuera de la iglesia, o los judíos creyentes) y los creyentes gentiles dentro de la iglesia de Roma. Pero, ¿por qué? ¿Acaso formula su distinción entre Israel y los gentiles en base al principio de que Dios tiene dos clases de pueblo con dos promesas escatológicas diferentes y dos destinos? Las evidencias internas señalan justamente lo contrario.

Por ejemplo, Pablo advierte a las dos facciones dentro de la iglesia de Roma (judíos y gentiles) que no se enorgullecen los unos contra los otros en base a alguna supuesta superioridad o prerrogativa (véase Rom. 11: 18, 25; 12: 3).⁶ Las diferenciaciones que hace Pablo de los orígenes étnicos, dentro de la comunidad de fe cristiana, no lo conducen a distinguir entre dos diferentes promesas de pacto hechas a Israel y a los gentiles, sino justamente lo opuesto.

La preocupación del apóstol está orientada a recuperar el propósito original de la elección de Israel en beneficio de todas las naciones: ser una bendición para todas las familias del

Hans K. LaRondelle, doctor en Teología, es profesor de Teología en la Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan, Estados Unidos.

mundo compartiendo con ellas la luz salvadora de los convenios de Israel y su adoración de Aquel que es el único y sólo Dios creador y redentor (véase Isa. 42: 1-10; 49: 6).

En el marco de este plan de Dios, Pablo informa el sorprendente hecho que los "gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por la fe [en el Mesías Jesús]; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó" (Rom. 9: 30, 31). Para el apóstol, la prueba decisiva de estar en una adecuada relación de pacto con Dios es el ejercicio de la fe en Cristo como el Mesías de Israel (véase Rom. 9: 33). Tal fe asegura las bendiciones del pacto. Los gentiles no disponen de otro pacto con Dios que el que Dios hizo con Israel.

La descripción simbólica de Pablo en Romanos 11, del injerto de una rama de olivo silvestre (los gentiles) en el único árbol familiar (el Israel de Dios), proclama vívidamente la unidad y continuidad básicas de los pactos de Dios con los patriarcas (la raíz) e Israel (el tronco) por un lado, y con la iglesia de Cristo por el otro.

Por medio de la fe en Cristo los gentiles son incorporados al olivo, el pueblo de Dios, y participan de la raíz de Abrahán (véase vers. 18). La conclusión no es que Dios los prefirió antes que a los judíos (vers. 19), sino que, como Pablo dice a los gentiles cristianos en otra parte, "ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios" (Efe. 2: 19).

La lección de la parábola del árbol de olivo cultivado en Romanos 11 es que la iglesia de Cristo se nutre de la raíz y el tronco del Israel veterotestamentario. Sin embargo, el propósito específico de Pablo es revelar el "misterio" divino concerniente a la naturaleza de Israel: "Que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud [*pléroma*] de los gentiles; y luego [*houutos*, de esta manera] todo Israel será salvo" (Rom. 11: 25, 26).

Parece haber un entendimiento casi unánime entre los comentaristas para sostener que Pablo habla aquí acerca del Israel étnico y su forma de salvación en una inquebrantable conexión con la salvación de los gentiles. El apóstol aun presenta una interacción entre la salvación de "todo Israel", o "la plenitud [*pléroma*] de Israel" (11: 12), y la reunión final y total de todos los gentiles a Cristo. Su objetivo no es señalar un orden de dispensaciones, sino la respuesta espiritual a Cristo de muchos (si no

de la mayoría) de los judíos, una respuesta que brota de una sincera admiración de la manifestación clara de la misericordia de Dios en Cristo hacia los gentiles quienes han recibido misericordia. Pablo les dice: "Pues como vosotros en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia [cuando los judíos rechazaron a Cristo] de ellos, así también estos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia. Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos" (Rom. 11: 30-32).

Uno puede observar aquí un notable vaivén de la salvación de Dios: "Dios no otorga misericordia a Israel sin hacerlo a los gentiles, pero tampoco lo hace con los gentiles sin hacerlo para con Israel".⁷

Extasiado por esta maravillosa visión de la fidelidad de Dios a su promesa de pacto, a pesar de la infidelidad de Israel, el llamado de Dios a Israel es "irrevocable" (11: 29), Pablo abre una perspectiva sorprendente del "misterio" del propósito salvador de Dios por la raza humana como un todo: la misericordia divina dimana de Israel hacia los gentiles con el propósito de que en "todo Israel" se suscite el anhelo de la misma misericordia que recibieron los gentiles. Israel *no* ha caído más allá de la recuperación. "En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarlos a celos" (Rom. 11: 11).

El apóstol revela una extraña interdependencia entre la plena afluencia de los gentiles hacia la salvación (por medio de la predicación del evangelio), y la aceptación de Cristo por "todo Israel". Pablo llama a esta misma "interdependencia" un "misterio", la intención de Dios de traer al Israel natural de nuevo hacia él y de cultivar "el olivo" de elección por gracia por medio de la (mayormente gentil) iglesia de Cristo (se despierta la fe a través de los "celos"). Es de importancia decisiva entender este "misterio" porque sólo en esta interdependencia de Israel con la iglesia puede mantenerse el evangelio de salvación, la justificación por gracia por medio de la fe. Herman Ridderbos desarrolla este aspecto. El dice en relación con Romanos 11: "No es que se demande otra conversión que la que resulta de la predicación del evangelio en la historia (Rom. 10: 14; 11: 11, 14, 22) y de la actividad que llega hasta ellos desde el mundo gentil creyente (11: 31)".⁸

¿Cómo conecta el dispensacionalismo, esta esperanza paulina para el Israel étnico, con la

predicación evangélica de la cruz de Cristo siendo que su postulado es que "la gloria de Dios ha de llevarse a cabo *no sólo en la salvación* sino también en el pueblo judío?"⁹ ¿Cómo se salvará Israel de acuerdo con la teología dispensacional? Bruce Corley, en su artículo: "Los judíos, el futuro, y Dios (Romanos 9-11)", insiste en esta pregunta al decir: "¿Hemos de esperar que suceda un milagro apocalíptico siete años después de que la "plenitud de los gentiles" haya sido raptada del mundo? ¿Vendrán los judíos por un tratamiento preferencial o por medio de la justificación por la fe? La primera opción elimina el corazón del evangelio de Pablo".¹⁰

Realmente en Romanos 11: 26 ("y luego") Pablo destaca que "todo Israel" será salvo precisamente en la misma forma que todos los gentiles: *sólo por la fe en Cristo*, por confesar de corazón que Jesús es el Señor resucitado de Israel (Rom. 10: 9-13). También declara explícitamente la divina *condición irrevocable* para la salvación de Israel: "Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar" (Rom. 11: 23). El Israel nacional había llegado a esperar el cumplimiento de las promesas del pacto de Dios por confiar en su relación con el padre Abrahán, y por lo tanto esperaban las bendiciones escatológicas de Dios como una garantía *incondicional* (véase Mat. 3: 7-9; Juan 8: 33, 34).

Contra esta actitud de jactancia por las ventajas étnicas de Israel (véase Rom. 2: 25-29) el apóstol declara: "Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo" (Rom. 10: 12, 13; véase también 3: 22-24). Así Pablo elimina toda diferencia entre judíos y gentiles delante de Dios.

El argumento incisivo de Pablo contra el Israel *natural* es revelar que su actitud de justicia propia al protestar lealtad a Dios mientras rechazaban al mismo Mesías y el evangelio de Jehová (véase Rom. 9: 31-10: 4), es la causa misma de su caída y rechazo. ¡Pero esto no significa que Dios haya rechazado a su pueblo Israel! (Véase Rom. 11: 11, 15.)

La aplicación de Pablo de la teología del remanente de Israel

El apóstol apela a las bien conocidas promesas formuladas al "remanente" por los profetas de Israel, para sostener su tesis de que

las promesas de pacto de Dios *no* han fracasado aunque el Israel natural, como nación, fracasó en aceptar el reinado de Jesús Mesías. "No que la Palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas" (Rom. 9: 6).

Así Pablo continúa con la distinción que formula el Antiguo Testamento de un Israel espiritual dentro del Israel nacional. Los profetas llamaron a este Israel espiritual "el remanente", y él sería el portador de las promesas del pacto divino. En el remanente fiel, Israel continúa siendo considerado como el pueblo de Dios. Dios proveyó el remanente mediante su gracia soberana y así manifestó que en cada juicio sobre el Israel natural él no rechaza a los que de su pueblo confían y obedecen a su Dios. Las promesas del pacto de Dios nunca pueden ser exigidas fuera de una relación viviente de fe y obediencia con el Señor. La promesa y la fe son inseparables, pues Pablo declara: "Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme" (Rom. 4: 16). El dispensacionalismo acepta esta verdad sólo para el israelita individual, pero no para la nación de Israel. Ryrie comenta acerca de Romanos 9: 6 (con su distinción de Israel dentro de Israel): "En el mensaje de Romanos Pablo está recordando a sus lectores que ser un israelita de nacimiento no asegura la vida y el favor prometidos al Israel fiel que se ha acercado a Dios por fe".¹¹

Concluye Ryrie que en el enfoque de Pablo un israelita natural no tiene derecho de demandar la promesa de pacto de Dios de "vida y favor" que Dios aseguró tanto en el pacto con Abrahán como con Moisés. ¿Por qué no? Porque la fe y la confianza en el Señor y su Mesías son las condiciones de Dios —no la base— para recibir sus bendiciones. Sin embargo, esta condición es salvaguardada y mantenida en el remanente de Israel, escogido por la soberana voluntad de Dios. Andrés Nygren explica: "Un remanente no es sencillamente un grupo de individuos separados, sacados de un pueblo sentenciado a la ruina; él mismo es el pueblo escogido, es Israel en embrión. . . En el 'remanente' Israel sigue viviendo como el pueblo de Dios. . . La gracia libre y soberana de Dios decide quién ha de pertenecer al 'remanente'. . . Pero de acuerdo con la elección divina, el 'remanente' había sido traído a la fe en Cristo. Se presenta ante Dios sin pretensiones; reconoce que depende totalmente de la gracia de Dios. Por lo tanto, como el Israel espiritual, ahora recibe el cumplimiento de la promesa".¹²

El dispensacionalismo afirma que la iglesia es diferente de Israel y no un nuevo Israel espiritual, y que la iglesia no cumple en ninguna forma las promesas hechas a Israel. ¿Pueden estas afirmaciones fundamentarse en el Nuevo Testamento como sostienen sus seguidores?

Pablo no reconoce la distinción dispensacional entre el Israel nacional e individual, por la que el individuo tiene sólo promesas condicionales y la nación tiene sólo promesas incondicionales dentro del mismo pacto. Pablo continúa con la teología del remanente fiel de los profetas hebreos. "Tan sólo el remanente será salvo" (Rom. 9: 27; citando Isa. 10: 22, 23, donde el remanente de Israel regresa al "Dios fuerte").

El mensaje de Pablo es que Dios es fiel a su palabra porque otra vez ha provisto por gracia un remanente fiel de Israel por el poder creativo de su promesa: "Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia" (Rom. 11: 5).

Los herederos legítimos de los pactos mosaico y abrahámico no son los incrédulos descendientes naturales de Abrahán ("Israel según la carne", 1 Cor. 10: 18), sino exclusivamente un Israel espiritual, los hijos de Dios. "Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino los que son hijos según la promesa son contados como descendientes" (Rom. 9: 8).

Así como Isaac no nació por el poder del hombre sino por el poder creativo de la divina promesa de gracia (véase Gén. 18: 10, 14), así el remanente fiel de Israel, como el verdadero pueblo de Dios en los tiempos de Pablo, ha llegado a la existencia por la palabra creadora de la predicación de Jesucristo (véase Rom. 10: 17). Por lo tanto, las bendiciones del pacto son prometidas como un todo sólo al Israel creyente en Cristo, dentro del Israel étnico. Después de todo, si la "raíz" de todo (11: 16) representa a Abrahán, quien creyó a Dios cuando era gentil y fue justificado antes de ser circuncidado, entonces no hay preferencia o fundamento étnico para ser miembro del pueblo de Dios, o del remanente de Israel, como lo entendió Pablo. El nombre "cristianos" (Hech. 11: 26) significa simplemente "el pueblo mesiánico".

El Israel "de la promesa", la nueva comunidad de fe en Cristo o la iglesia, no se reduce a

creyentes judíos. Pablo declara en Romanos 9: 24 que Dios nos llamó "a nosotros", la iglesia de Cristo (el Mesías), "no sólo de los judíos sino también de los gentiles". Sustenta esta conclusión con una apelación a Oseas 2: 23 y 1: 10 (véase Rom. 9: 25, 26), donde Dios hace promesas de aceptación a las diez tribus apóstatas de Israel que habían llegado a ser virtualmente semejantes a sus opresores paganos en el exilio asirio. De esta forma, Pablo aplica explícitamente el cumplimiento escatológico, de las promesas de restauración que Oseas transmitió a Israel, a la iglesia de Cristo como un todo, estando ésta constituida por judíos y gentiles.

Así concluimos que en Romanos Pablo une a la iglesia e Israel con una interrelación inquebrantable. Por una parte, la iglesia de Cristo ocupa ahora el lugar del Israel incrédulo (las ramas desgajadas), y es dotado de las bendiciones y responsabilidades del pacto con Israel. Por otra parte, por cuanto las intenciones redentoras de Dios para con Israel son irrevocables, la iglesia es llamada a provocar celos en el Israel natural por la misericordia de Dios con los gentiles. ■

¹ C. C. Ryrie, *Dispensationalism Today*, pág. 154. ² C. C. Ryrie, *The Basis of the Premillennial Faith*, pág. 136. ³ Ryrie, *Dispensationalism*, pág. 96. ⁴ *Ibid.* ⁵ *Ibid.*, pág. 140. ⁶ W. D. Davies, en "Paul and the People of Israel", *New Testament Studies* 24 (1978), págs. 4-39, dice: "Ya hemos sugerido que en Romanos ix-xi Pablo enfrenta una actitud de creciente hostilidad entre los gentiles cristianos hacia los cristianos judíos y hacia los judíos; en otras palabras, enfrenta el antijudaísmo. El rechazo esta actitud" (pág. 29). ⁷ H. N. Ridderbos, *Paul. An Outline of his Theology*, Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1975, pág. 360. ⁸ *Ibid.*, pág. 358. ⁹ Ryrie, *Dispensationalism*, págs. 104 y 155. ¹⁰ B. Corley, en *Southwestern Journal of Theology*, 19: 1 (1976), 42-56; la cita es de la página 51, nota 44; véase también G. E. Ladd, *A Theology of the New Testament*, Grand Rapids, MI, Eerdmans, 1974, pág. 539; Ridderbos, seccion 58. ¹¹ Ryrie, *Dispensationalism*, pág. 138. ¹² A. Nygren, *Commentary on Romans*, Filadelfia, Fortress Press, 1978, págs. 393 y 394. ¹³ Así sostiene Miles Bourke, *A Study of Metaphor of the Olive Tree in Romans XI*. Disertación, Washington, D. C., Catholic University of America Press, 1947, págs. 80-111. Citado por W. D. Davies (véase la nota 6).

Lo que Cristo dijo sobre la **JUSTIFICACION**

Morris L. Venden

“**A UNOS** que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Luc. 18: 9-14).

Dos hombres fueron al templo a orar. Uno oraba para sí, el otro oraba a Dios. Uno se adoraba a sí mismo, el otro adoraba a Dios. Uno confiaba en sus propios méritos, el otro, en la misericordia de Dios.

El fariseo sentía que sus propias obras, su devolución del diezmo, sus ayunos, su conducta intachable, eran suficientes para ganar la salvación. La dependencia de las obras para lograr la salvación es la marca distintiva del fariseo legalista. Pero Jesús dijo: “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mat. 5: 20). “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (Mat. 9: 13). La justificación es la humanidad hecha justa ante Dios por los méritos de Cristo (véase Rom. 3: 24). Es una provisión del cielo para la redención de toda la raza humana, y se basa en la justicia inmaculada de Jesús. No es algo que podamos asegurar por nuestros propios esfuerzos. Es un *don*. El fariseo no tiene ventajas sobre el publicano.

Cuando Jesús limpió el templo, reprendió a los dirigentes religiosos de su época por transformar la casa de Dios en un mercado. Consi-

dere por un momento qué es un mercado. Se trata de un lugar donde se compran y venden cosas. Es un lugar donde cada uno presenta los frutos de sus propias labores para comprar lo que desea. Es un lugar de intercambio. Pero la casa de Dios no es un mercado, pues la salvación jamás puede permutarse. Debe ser otorgada gratuitamente, y recibida de la misma forma. La salvación es enteramente un don. Jesús lo dijo con estas palabras: “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es *dado*” (Luc. 22: 19, la cursiva es nuestra). Los invitados a la fiesta del Evangelio son los que *no pueden pagar* (véase Luc. 14: 14).

También notamos en el estudio de la vida de Jesús que la persona que trata de salvarse a sí misma, llega a un resultado inevitable: se olvida de Jesús. Ese resultado es evidente en la historia de Pedro, quien tomó su espada y trató de salvarse a sí mismo y al resto de los discípulos (Mat. 26: 51-56). Lo que sucedió a continuación fue que Pedro y los demás discípulos lo olvidaron y huyeron. Jesús quedó solo frente a la turba. Ese es el resultado inevitable de todo el que intenta salvarse por sí mismo. Finalmente, abandona a Jesús.

El publicano reconoció que no había nada que pudiera hacer para obtener o merecer la misericordia de Dios. No trató de aportar nada a la salvación provista. Comprendió su condición de impotencia total. Se mantuvo aparte, enteramente convencido, sin atreverse a levantar los ojos al cielo. Sin embargo, debe haber captado algo del amor de Dios, además de la enormidad de su propio pecado, o jamás se hubiera atrevido a presentarse en el templo. Y por causa de su esperanza de perdón, acudió en busca de la reconciliación con Dios.

El publicano admitió que era pecador. Algunas traducciones rinden sus palabras así: “¡Ten compasión de mí, que soy pecador!” Sentía que era el peor hombre del mundo. Pero, ¿cree us-

La salvación jamás puede permutarse. Debe ser otorgada gratuitamente y recibida de la misma forma. La salvación es enteramente un don. Los invitados a la fiesta son los que no pueden pagar.

ted que en verdad lo era? ¿Es necesario igualar el récord de asesinatos de Hitler, o ser más traidor que Judas, para elevar la oración del publicano? Pablo oró de esa manera –él, que había sido fariseo de fariseos. Anhelaba decir: Soy el principal de los pecadores. Es quizá posible que en círculos cristianos se compita en las demandas de desdicha. Hay quienes no se sienten justos a menos que se sientan pecadores. Es posible que haya una forma de legalismo que halle consuelo y seguridad en la *penitencia*, en vez de Jesucristo. Hay quienes, al descubrir que el ser un "gusano" de alguna manera es digno de atención, no descansan hasta que han tratado de probar que de todos los gusanos, ellos son el mayor. Pero nótese que el publicano no dijo: "Dios, sé propicio a mí, por mi penitencia", sino "Dios, sé propicio a mí, pecador". Era un penitente, sin lugar a dudas. Pero no hizo que su salvación dependiera de su penitencia.

Y el publicano fue aceptado. Descendió a su casa *justificado*. La aceptación es el término clave en todo el hermoso tema de la justificación. Jesús siempre aceptó a quienes llegaron a El. Somos aceptados tal como somos –de hecho, ésa es la única manera de acudir. No podemos transformarnos a nosotros mismos para acudir. Esto es válido diariamente, y no sólo en el comienzo de la vida cristiana. Jesús siempre nos acepta tal como somos. Lo dijo en Juan 6: 37: "Al que a mí viene, no le echo fuera". Lo dijo en Juan 12: 47: "No he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo". Lo dijo a la mujer que llevaron ante su presencia: "Ni yo te condeno" (Juan 8: 11). Incluso los dirigentes judíos reconocían esa verdad, aunque no la aprendieron cuando dijeron: "Este a los pecadores recibe" (Luc. 15: 2). Jesús lo dijo en Juan 5: 24: "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida".

¿No son buenas nuevas el saber que no debemos temer al juicio? La aceptación de Jesús es plena y gratuita, basada en su sacrificio en nuestro favor. Es bueno para todos los que lo aceptan, y es bueno cada día. El pobre publicano, que no se anima a levantar su vista al cielo, que se mantiene aparte, pero que clama a Dios por misericordia, es capaz de regresar a su casa con la cabeza en alto porque comprende su valor ante los ojos del universo. Puede mantener la cabeza en alto, porque comprende lo que Dios ha hecho por él por medio de Jesucristo; pues cuando Dios nos perdona, comparemos ante El como si nunca hubiésemos pecado. "[Jesús] murió por nosotros y ahora ofrece quitarnos nuestros pecados y vestirnos de su justicia. Si os entregáis a él y lo aceptáis como vuestro Salvador, por pecaminosa que haya sido vuestra vida, seréis contados entre los justos por consideración a él. El carácter de Cristo toma el lugar del vuestro, y vosotros sois aceptados por Dios como si no hubierais pecado" (*El camino a Cristo*, pág. 62).

El publicano fue justificado cuando aceptó la misericordia de Dios. La justificación no es válida para cualquier pecador a menos que él mismo la acepte (véase Juan 1: 12). La Biblia no enseña que la justificación sea por gracia solamente. Siempre es por gracia a través de la fe (véase Efe. 2: 8). La fe es esencial por parte del pecador (véase Heb. 11: 6). La fe involucra directamente dos partes, una que confía en la otra. Cuando el pecador confía en Jesús por la salvación, llega a existir una relación salvadora, que es una experiencia subjetiva basada en un hecho objetivo. El perdón de Dios debe ser aceptado para beneficiarnos personalmente. Y debemos continuar aceptando su perdón si hemos de continuar conociendo su gracia justificadora.

Nótese en los siguientes cuatro textos lo que Jesús dijo acerca del perdón, y cómo está en conexión con nuestra relación con Dios. El pri-

mero se encuentra en Mateo 18: 21, 22. "Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete". Por supuesto, Jesús no estaba estableciendo el límite del perdón en cuatrocientas noventa veces, sino enseñando que debemos perdonar a nuestro hermano siempre que él lo pida –perdón ilimitado.

En el segundo texto, Lucas 17: 3-5, leemos una aplicación más profunda: "Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale. Dijeron los apóstoles al Señor: Aumentanos la fe".

¿Está este consejo limitado a las relaciones humanas? ¡Por supuesto que no! Dios no nos pediría que hiciéramos más de lo que El haría. Ese es el perdón de Dios. Esa es la clase de perdón que Dios nos otorga. Su perdón es ilimitado. Tan pronto como acudimos a El, incluso siete veces en un sólo día, admitiendo nuestra necesidad de su misericordia y perdón, nos los entrega gratuitamente.

Aquí es donde algunos se inquietan con respecto del tema de la justificación. Piensan que un perdón tal hará que la gente tome livianamente la gracia divina. Piensan que esa clase de perdón conduce al libertinaje. Pero consideremos el tercer texto, Lucas 7: 40-43: "Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Dí, Maestro. Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Dí, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado".

Jesús dijo en Lucas 17: 3-5 que el perdón no tiene fin. Dijo que su Padre perdona a todo el que se allega a El, y que continúa acudiendo. ¿Conduce ello al libertinaje? No, porque en Lucas 7: 40-43 el Salvador dice que a quien más se le perdona es quien más ama.

El último de los cuatro textos es Juan 14: 15. "Si me amáis, guardad mis mandamientos". Por ello, cuando comprendemos el perdón divino correctamente somos conducidos a una respuesta de amor. Y el amor conduce a la obediencia. Es así de simple.

¿Por cuánto tiempo necesitamos del perdón de Dios? No caigamos en la trampa de pensar que la justificación es sólo para el comienzo de la vida cristiana. Necesitamos la gracia justificadora de Dios cada día. Necesitamos su gracia justificadora por causa de los registros de nuestra senda pasada. Aunque no volvamos a pecar, aun necesitamos la sangre de Cristo para cubrir nuestros pecados pasados. Necesitamos su gracia justificadora porque somos pecadores por naturaleza, y lo seremos hasta que Jesús regrese. Y necesitamos su gracia justificadora cada vez que caemos o fallamos. Fue el pecado el que causó la separación entre el hombre y Dios en el principio. Y sólo el sacrificio de Jesús, aceptado día a día, es suficiente para restaurar la relación interrumpida entre Dios y el hombre, tornando posible la comunión entre ambos.

Al aceptar su justificación, al aceptarlo a El, tenemos la certeza y la seguridad con respecto de nuestro destino eterno. La vida eterna no es algo que tengamos más adelante: Ya la tenemos. "El que cree en el Hijo tiene vida eterna" (Juan 3: 36). "El que oye mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna" (Juan 5: 24). "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna" (Juan 6: 47). "Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20: 31). "Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos" (Luc. 10: 20).

Para muchos ésta parece ser una verdad demasiado buena como para aceptarla. Pero es verdad –¡Jesús lo afirmó! "Alejad la sospecha de que las promesas de Dios no son para vosotros. Son para todo pecador arrepentido. Cristo ha provisto fuerza y gracia para que los ángeles ministradores las lleven a toda alma creyente. Ninguno hay tan malvado que no encuentre fuerza, pureza y justicia en Jesús, quien murió por los pecadores. El está esperándolos para cambiarles los vestidos sucios y corrompidos del pecado por las vestiduras blancas de la justicia; les da vida y no perecerán" (*El camino a Cristo*, pág. 53).

El perdón de Dios fue bueno para el publicano y también lo es para toda persona hoy. "No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Juan 3: 17). ■